

COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE



LA SEÑORA RECIBE UNA CARTA

Edición de Óscar Barrero Pérez

Esta Edición forma parte del Proyecto de I+D **La comedia de posguerra: Teatro completo de Víctor Ruiz Iriarte (1945-1975)** (Proyecto MEC HUM-61754), dirigido por Víctor García Ruiz (Universidad de Navarra), y compuesto por los doctores Óscar Barrero Pérez (Universidad Autónoma de Madrid), Berta Muñoz Cáliz (Centro de Documentación Teatral), Juan Antonio Ríos Carratalá (Universidad de Alicante) y Gregorio Torres Nebrera (Universidad de Extremadura).

© Textos: Herederos de Víctor Ruiz Iriarte.

© Edición y notas de “La señora recibe una carta”:
Óscar Barrero Pérez

LA SEÑORA RECIBE UNA CARTA

COMEDIA EN DOS ACTOS

AUTOCRÍTICA

Por esta vez la pequeña autocrítica no está escrita en esas horas inquietas, turbadoras y poco propicias para la reflexión y el buen juicio que se viven en las vísperas de un estreno. Estas líneas surgen ahora, a punto de entregar al editor el manuscrito, cuando *La señora recibe una carta* lleva unas semanas en el cartel del teatro de la Comedia. En el transcurso de esas funciones el autor ha tomado nota de las reacciones del público y ha leído muchas de las críticas que se han vertido sobre su texto. De cara a su auditorio, la experiencia de esta comedia ha resultado muy feliz. He observado que esta es una de esas obras que le gustan al público sin rodeos y sin reservas. Naturalmente, mi opinión, mi particular y sincera opinión sobre *La señora recibe una carta*, me sitúa junto al público y al lado de los críticos que la han juzgado con simpatía y gentileza. Porque, de cualquier modo, yo, que me guardaré muy bien de decir como este Alberto Roldán –mi protagonista, colega mío en el oficio y en la aventura–, que me gustan todas mis comedias, no tengo ningún inconveniente en declarar, sin rubor y sin petulancia, que esta me parece una de mis mejores comedias...

VÍCTOR RUIZ IRIARTE

Esta comedia¹ se estrenó en el teatro de la Comedia, de Madrid, el 15 de septiembre de 1967, con el siguiente REPARTO

ADELA	<i>Elisa Montés</i>
LAURA	<i>Ana María Morales</i>
TERESA	<i>Conchita Lluesma²</i>
ALICIA	<i>Mabel Karr</i>
MARINA	<i>Conchita Goyanes</i>
LA DONCELLA	<i>Isabel Braus</i>
ALBERTO	<i>Fernando Rey</i>
MANUEL	<i>Manuel Díaz González</i>
TOMÁS	<i>Luis Peña</i>
EL PORTERO	<i>Lorenzo Ramírez</i>

Decorado: SANTIAGO ONTAÑÓN

Dirección: VÍCTOR RUIZ IRIARTE

1 Las variantes corresponden a la edición de 1967 (Madrid: Escelicer); sigo el texto de *Teatro español, 1967-1968*. Ed. F.C. Sainz de Robles. Madrid: Aguilar, 1969. Ver botón *Información*. 1967: obra

2 1967: *Concha Lluesma*

ACTO PRIMERO

Estamos en la habitación principal, mezcla muy grata de salón, estudio y cuarto de estar, del piso que el matrimonio Roldán –Adela y Alberto– posee en un barrio residencial de Madrid. Al fondo, una embocadura rectangular que comunica con una segunda estancia, mucho más reducida, con salidas a un lado y a otro. Y allí, en el centro, una mesa alargada, con candelabros y velas encendidas, dispuesta con exquisito gusto para una cena de invitados. En el lateral de la derecha del salón –lados del público–, amplias puertas de cristales, siempre abiertas de par en par porque la acción se desarrolla en una bella noche de primavera, que separan el salón de una gran terraza decorada con muchas plantas verdes. A la izquierda, en primer término, una entrada que, seguramente, conduce al vestíbulo. Un poco más allá una puerta. Bibliotecas en las paredes. Muchos libros. Cuadros modernos. Buenos muebles, caros y confortables, muy en consonancia con la arquitectura de la vivienda. Una mesa escritorio. A la izquierda, formando ángulo, dos sofás gemelos y suntuosos. Sillones. Una mesita baja delante de los sofás. Un velador atiborrado de vasos, copas y botellas. En cualquier parte, una nota de estilo –un sillón, una pantalla, un lienzo– que contrasta graciosamente con el ambiente. Unas pantallas encendidas proporcionan una luz muy grata.

(Cuando se levanta el telón en el comedor –la pieza del fondo– se hallan sentados alrededor de la mesa Adela, Laura, Teresa, Alicia, Marina, Alberto, Tomás y Manuel. Ellas visten bonitos y bien elegidos trajes de noche. Los hombres, de oscuro. De las mujeres, Laura es la mayor: está en los comienzos de un otoño que promete ser espléndido. Marina es la más joven, apenas ha cumplido los veinte años, y viste con sencillez y gracia. Todos ríen en este momento, muy alborozados. Unos segundos después, Adela se pone en pie y todos los demás la secundan)

ADELA.—Bien. Ahora tomaremos el café en la terraza, si no os importa. Hace una noche maravillosa, ¿verdad?

TOMÁS.—¡Soberbio!

MANUEL.—¡Una gran idea!

TERESA.—La cena ha sido espléndida...

ADELA.—¿De veras?

ALICIA.—¡Fantástica!

ADELA.—¡Ay! Pero ese es un cumplido para mi cocinera...

TODOS.—¡Oh!

(Todos ríen. Adela avanza y entra en el salón. Los demás la siguen)

ADELA.—Bueno. ¿Qué haremos ahora? Naturalmente, podemos ir en pandilla a bailar, por ahí, que siempre es divertido. También podemos quedarnos en casa, tomar una copa y oír música. Pero, ¡ay!, no sé por qué, siempre que oímos música nos ponemos todos tristísimos. Es terrible la música, ¿verdad? ¡Qué lata! Bueno, claro, queda el recurso del póker. A mí me chifla el póker. Y si no queréis ni baile, ni música, ni póker, podemos jugar al juego de la verdad...

LAURA.—¡Ay! ¿Y en qué consiste ese juego, hijita?

ALICIA.—A ver, a ver...

ADELA.—*(Muy divertida)* ¡Oh! Es algo muy gracioso y muy excitante. Veréis. Se reúnen unos cuantos amigos. Y luego, cada cual, cuando le toca, se planta en el centro del salón y va diciendo en voz alta lo que de veras, de veras, le parece cada uno de los demás...

LAURA.—¡Ah, ¿sí?

ADELA.—¡Sí! Pero sin ocultar nada, nada, nada...

LAURA.—*(Casi con un escalofrío)* ¡Jesús! ¡Qué ordinariez!

ADELA.—¡Oh! Algo explosivo...

ALICIA.—Oye. ¿Y al final qué pasa?

ADELA.—¡Mujer! Pues lo natural. Un escándalo. Creo que la otra noche, nuestros vecinos y sus invitados, que son todos gente muy divertida, se pusieron a jugar a eso de la verdad y casi, casi, hubo bofetadas...

ALICIA.—¡No!

ADELA.—*(Riendo)* Sí, sí...

LAURA.—¡Qué barbaridad! Pero ¡qué cosas inventa la gente!...

TODOS.—¡Oh!

(Ríen. Tomás, de pronto, casi alarmado)

TOMÁS.—¡Un momento! ¿Es que estáis dispuestos a que la fiesta se acabe cuando sea de día?

ADELA.—*(Riendo)* ¡Ay! ¿Y por qué no?

TODOS.—¡Oh!

(Todos ríen, menos Alicia, que se indigna)

ALICIA.—¡Jesús! ¡Amor mío! ¿Ya tienes sueño?

TOMÁS.—¡Hum! Todavía no.

ALICIA.—¡Vaya!

TOMÁS.—Pero me temo que dentro de un par de horas, todo lo más, caeré como un bendito en cualquiera de estos sillones...

TODOS.—¡No!

(Ríen)

ALICIA.—¡Ay, mi vida! Pero ¡qué mal educado estás! Te duermes en todas partes...

TOMÁS.—¡Alicia! Acuérdate. Llevamos una temporada atroz. Anoche nos acostamos tardísimo...

ALICIA.—¡Por tu culpa!

TOMÁS.—*(Indignado)* ¡Por la tuya! ¡Demonio!

TODOS.—¡Oh!

(Ríen)

ALICIA.—Bueno. ¿Qué más da? Después de todo, lo pasamos estupendamente, ¿no? Tenemos que volver cualquier noche a ese «tablao». El tío de la guitarra es un fenómeno. Y la chiquita esa de Utrera es feíta,³ feíta la pobre. Un adefesio. Y muy desgarbada y muy tonta. Pero canta como los ángeles. Eso no lo vas a negar.

TOMÁS.—*(Resoplando)* ¡Hum! La chiquita de Utrera...

TODOS.—*(Riendo)* ¡Oh!

LAURA.—¡Jesús! ¡Qué matrimonio!

(Todos ríen. Y mientras, van entrando en la terraza Teresa, Manuel, Laura, Alicia y Tomás. Marina, rezagada, queda todavía en el fondo. Alberto y Adela, que no advierten la presencia de la muchacha, se miran y sonríen)

ADELA.—¡Alberto! ¡Cariño! ¿Todo va bien?

3 Utrera: municipio de la provincia de Sevilla.

ALBERTO.—¡Perfecto! Como siempre. Eres un ama de casa exquisita. Me siento orgulloso de ti...

ADELA.—(Riendo) ¡Tonto!

(Marina, en silencio, cruza ahora y entra en la terraza)

Después de todo, son nuestros mejores amigos, ¿no?

ALBERTO.—¡Naturalmente!

(Ella marcha hacia la terraza. Pero antes de llegar, se vuelve hacia Alberto y le mira sonriendo)

ADELA.—Tú has estado muy simpático, ¿sabes?

ALBERTO.—¡Oh!

ADELA.—Te has pasado toda la cena contando cosas realmente agradables...

ALBERTO.—(Satisfecho) ¿Tú crees?

ADELA.—(Mirándole, risueña) Bueno. En realidad, tú eres así siempre que te ves rodeado de mujeres...

ALBERTO.—(Transición, inquietísimo) ¡Adela! Pero ¿es que vas a tener celos ahora? ¿Esta noche también? ¡Santo Dios!

ADELA.—¡Oh, no, no! No son celos.

ALBERTO.—¡Hum!

ADELA.—Es curiosidad. Una pequeña y terrible curiosidad. Daría cualquier cosa por saber a cuál de nuestras amigas estás dedicando esta noche tanta simpatía...

ALBERTO.—¡Adela!

ADELA.—¡Alberto! Mira que te conozco muy bien. ¿Quién es ella? ¡Dímelo!

ALBERTO.—(Casi asustado) Pero, Adela, ¡qué loca eres! ¿Cómo se te ocurre?

ADELA.—¡Oh!

(Ella ríe. Y entran los dos en la terraza. Durante unos instantes la escena queda sola. En seguida, por el fondo, aparece la Doncella. Lleva una gran bandeja con servicio de café, y, sin detenerse, cruza el salón y entra en la terraza. Otra vez la escena en soledad. Se oyen unas risas. Al cabo, por la terraza, surge Tomás. Muy resuelto, se dirige al velador de los licores y empieza a prepararse un whisky. Y, al momento, asoma Alicia)

ALICIA.—¿Qué es eso, cariño? ¿Renuncias al café?

TOMÁS.—¡Hum! Prefiero una copa...

ALICIA.—¡Ay! Yo también.

TOMÁS.—¿Qué tomas? ¿Agua mineral? Dicen que es muy rica...

ALICIA.—(*Ríe*) Idiota.

TOMÁS.—¡Je!

(*Alicia mira en torno, complacida*)

ALICIA.—No lo puedo negar, ¿sabes? Me encantan estas cenas en casa de Alberto y Adela. La verdad es que lo pasamos fantásticamente bien. ¡Y nos reímos tanto! ¿Te acuerdas de la última vez?

TOMÁS.—¡Je! Pues, claro...

ALICIA.—Tienen una casa bonita, ¿verdad? Pero bonita, bonita...

TOMÁS.—Es natural. Adela es una mujer de un gusto exquisito y Alberto es un autor que gana muchísimo dinero con sus comedias. Cuando se unen esas dos fuerzas incontenibles, el buen gusto y el dinero, se puede tener un estupendo piso con buenos muebles y buenos libros y buenos cuadros...

ALICIA.—Bueno. Tú también sabes ganar dinero, cariño. Eres un famosísimo director de cine que cobra un millón de pesetas por dirigir una película...

TOMÁS.—(*Un suspiro*) ¡Ay! Pero estoy casado con una deliciosa mujer que gasta exactamente un millón de pesetas por cada película que dirige su marido...

(*Alicia pega un respingo, alarmadísima*)

ALICIA.—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

TOMÁS.—¡Je!

ALICIA.—¿Qué has pretendido insinuar?

TOMÁS.—(*Con evidente tacto*) ¡Alicia! ¡Encanto! Modérate, que estamos de visita...

ALICIA.—¡Tomás! Pero ¿de veras piensas que soy yo la culpable de que nunca tengamos un céntimo? ¡Ah, no!

TOMÁS.—¡Hum!

ALICIA.—Eso sí que no. ¡Dios mío! Pero ¿cómo puedes ser tan injusto, tan cruel y tan egoísta? ¡Oh! Monstruo, grandísimo monstruo. Pero si la culpa de nuestra ruina la tienes tú y nadie más que tú...

TOMÁS.—(*Muy sorprendido*) ¡Anda! ¿Tú crees?

ALICIA.—(*Cargadísima de razón*) ¡Claro! ¡Los coches! Acuérdate de los coches. ¡Tu afición a los coches, que es lo que nos pierde! ¡Porque cambias de coche cada seis meses! ¡Y cada coche que compras es mayor que el anterior! ¡Dios

mío! Pero si me paso la vida temblando porque me temo que de un momento a otro vas a comprar un autobús...

TOMÁS.—(*Preocupadísimo*) ¡Calla! ¡Los coches! Pues no había yo caído...

(*Está abatidísimo, hundido en el sofá. Después de un silencio, Alicia, junto a la entrada de la terraza, se vuelve y le mira muy enternecida*)

ALICIA.—¡Cariño! ¿Te has enfadado?

TOMÁS.—¡Oh, no!

ALICIA.—¿Te has puesto triste?

TOMÁS.—(*Muy mohíno*) ¡Je! Un poco. Reconozco que soy una calamidad...

ALICIA.—Bueno. Tampoco es preciso que ahora empieces a preocuparte y a hacerte reproches, amor mío. Después de todo, si de cuando⁴ en cuando te compras un coche nuevo, es porque te da la real gana, ¿no?

TOMÁS.—(*Muy sincero*) ¡Toma! Eso es lo que pienso yo...

ALICIA.—(*Muy gallarda*) Y vamos a ver: ¿A quién le importa eso?

TOMÁS.—(*Con mucha energía*) ¡A nadie!

ALICIA.—¡Muy bien dicho! ¡A nadie!

TOMÁS.—¡Je!

(*En este momento, ya están los dos sentados en el sofá*)

ALICIA.—Además, pensándolo bien, yo también tengo un poquito de culpa. Sí, sí, sí. Soy una manirrota. Lo sé. Gasto una fortuna en vestidos, en caprichos, en chucherías inútiles. Me encanta cenar fuera de casa, ir de «tablao» y de «boîte». Me gusta todo ese jaleo que sale carísimo. (*Dolorosamente*) ¡Ah! Y esa manía que tengo de renovar todos los años el mobiliario de la casa...

TOMÁS.—(*Casi un estremecimiento*) ¡Hum! Los muebles...

ALICIA.—(*Muy compungida*) Es terrible, ¿verdad?

TOMÁS.—¿Qué voy a decirte? Hace diez años, cuando nos casamos, pusimos la casa en estilo isabelino. Ahora está en estilo sueco.⁵ Pero entre el isabelino y el sueco...

ALICIA.—(*Horrorizada*) ¡Calla!

4 1967: vez

5 *Estilo isabelino*: decoración siguiendo la moda estilo imperio del reinado de Isabel II, con predominio de la caoba y la marquetería. *Estilo sueco*: decoración caracterizada por la necesidad de luz en los interiores, lo que se refleja en tonos pálidos, alegres y cálidos; las líneas son rectas y las curvas suaves.

TOMÁS.—¡Je!

ALICIA.—¡Dios mío! Pero ¿por qué somos así? No me lo explico. De niña, yo era muy hacendosa, muy formalita y muy, muy ahorradora...

TOMÁS.—(*Estupefacto*) ¿Quién? ¿Tú?

ALICIA.—¡Digo! Pero si recuerdo que, en cierta ocasión, papá me regaló una hucha preciosa y llegué a reunir hasta doscientas pesetas⁶...

TOMÁS.—(*Sorprendidísimo*) ¡No!

ALICIA.—(*Muy suya*) ¡Ah, sí, sí!

TOMÁS.—¿Fuiste capaz?

ALICIA.—¡Naturalmente!

TOMÁS.—¡Chica! ¡Doscientas pesetas! ¡Qué maravilla!

ALICIA.—(*Una transición*) ¡Tomás! Vamos a cambiar de vida, ¿quieres? Hay que suprimir todos los gastos superfluos. Nada de modistos caros, nada de cenas en los restaurantes de lujo, nada de viajes a París. Tenemos que ahorrar.

TOMÁS.—(*Francamente pesimista*) ¡Huy! Eso debe de ser⁷ muy difícil...

ALICIA.—¡Qué va! No lo creas. Hay muchísimas personas que ahorran y lo pasan de primera...

TOMÁS.—¡Hum! No sé, no sé...

ALICIA.—Pero, hombre, si eso del ahorro debe de ser⁸ buenísimo. ¡Si hasta se anuncia en los periódicos y en la Televisión! Mira, para empezar, guardaremos todo el dinero que te va a dar ese productor americano por tu nueva película. Pero todo, todo, ¿eh? ¡Hasta el último céntimo!

TOMÁS.—(*Con mucho desconsuelo*) ¡Ca! ¡Imposible!

ALICIA.—¡Vaya! ¿Y se puede saber por qué?

TOMÁS.—¡Toma! Porque el dinero que me va a dar ese productor americano por mi nueva película ya lo debo...

ALICIA.—(*Aterrada*) ¿Cómo? ¿Que lo debes?

TOMÁS.—¡Sí!

ALICIA.—¿A quién?

TOMÁS.—¡Al banco!

ALICIA.—¡Oh! ¿Y lo tienes que pagar?

TOMÁS.—¡A ver!

ALICIA.—(*Indignada*) ¡Jesús! Pero qué egoísta es ese banco...

6 Pesetas: monedas españolas anteriores al euro

7 1967: *debe ser*

8 1967: *debe ser*

TOMÁS.—(*Experto*) ¡Ah, los bancos! Si yo te contara...

ALICIA.—(*Desolada*) ¡Tomás! Pero esto es espantoso. ¡Vivimos en plena catástrofe! ¿Qué será de nosotros cuando seamos viejecitos? No tendremos una peseta. No tendremos un hogar. No tendremos una casita en el campo. No tendremos nada, ni siquiera un coche pequeñito, pequeñito...

(*Tomás, de pronto, como cayendo en la cuenta de algo, se vuelve hacia ella, ilusionadísimo*)

TOMÁS.—¡Calla! Pero ¿no te lo he dicho? ¡Mañana me dan el coche nuevo!

ALICIA.—(*Un brinco*) ¿Cómo? ¿Otro coche? ¿Has comprado otro coche?

TOMÁS.—(*Felicísimo*) Sí, sí. ¡Otro coche!

ALICIA.—¡Tomás!

TOMÁS.—(*Radiante, con un insólito entusiasmo*) ¡Chica! ¡Y qué coche! ¡Un nuevo modelo inglés!

ALICIA.—¿Grande?

TOMÁS.—¡Enorme!

ALICIA.—¡Oh!

TOMÁS.—Negro, reluciente, fantástico, maravilloso. Tipo «Rolls».⁹

ALICIA.—¡No!

ALICIA.—¡Nena! ¿Te imaginas lo que será nuestra llegada con ese coche al Festival de Cannes?¹⁰ Nos perseguirán los periodistas y los fotógrafos de media Europa. Todo el mundo dirá: ¡Ahí va un director español!

(*Ella le mira, irremediabilmente fascinada*)

ALICIA.—¡Tomás! Pero ¡qué patriota eres!...

TOMÁS.—(*Justamente indignado*) ¡Ea! ¡Que no siempre se va a hablar de Antonioni!¹¹ ¡Caramba! ¡Que el cine español también cuenta!

ALICIA.—(*Entusiasmada*) ¡Bravo! ¡Así se habla!

TOMÁS.—(*Muy satisfecho*) ¡Alicia! Entonces, ¿te parece bien que haya comprado ese coche?

ALICIA.—¡Digo! ¡Que si me parece bien! Como que, si bien se mira, no podías hacer otra cosa...

9 *Rolls*: Rolls Royce, automóvil británico de lujo.

10 *Festival de Cannes*: evento cinematográfico anual celebrado en esta localidad francesa de la Costa Azul.

11 *Antonioni*: Michelangelo Antonioni, director italiano de cine (1912-2007).

TOMÁS.—(*Encantado*) ¡Bravísimo! ¡Huy! ¡Qué mujer tengo!

ALICIA.—¡Amor mío! (*Y llenos de un gozo¹² insólito, van el uno hacia el otro y se abrazan con muchísimo fervor. Luego, en silencio, se miran*) Tomás, cariño, somos un par de chiflados, ¿no crees?

TOMÁS.—¡Anda! Eso me han dicho en el banco...

ALICIA.—Pero nos queremos...

TOMÁS.—¡Huy! ¡Que si nos queremos! ¡A rabiar!

ALICIA.—Y somos muy felices...

TOMÁS.—¡Muy felices!

ALICIA.—¡Bravo! (*Ella toma su vaso de whisky que ha dejado en cualquier parte y brinda. Él la secunda*) ¡Chin-chín!

TOMÁS.—¡Chin-chín!

(*Ríen. Y beben. Y, por la terraza, surge Laura*)

LAURA.—¡Hola! ¿Ya os estáis emborrachando?

(*Tomás y Alicia ríen*)

LOS DOS.—¡No!

LAURA.—Dame a mí un poquito...

TOMÁS.—¡A la orden!

(*Tomás va al velador de los licores y prepara un whisky para Laura*)

LAURA.—Pero poquito, poquito, que ya he bebido lo mío...

ALICIA.—(*Divertida*) ¡No me digas!

LAURA.—¡Ay, sí! Esta tarde estuve en un cóctel...

ALICIA.—¡Hola! ¿Y qué cóctel era ese?

LAURA.—Vete a saber.

ALICIA.—(*Riendo*) ¡Oh!

LAURA.—Aquello era un tumulto, hijita. Nadie sabía por qué estábamos allí. Pero, en fin, después de preguntar a unos y a otros, con mucho tacto, saqué la impresión de que se trataba de festejar a un señor argentino, muy importante, que está en Madrid de paso para Roma...

12 1969: de gozo

TOMÁS.—(*Transcendental*) ¡Ah, la Hispanidad!

LAURA.—Esto de los cócteles es un barullo, ¿verdad? La gente acude en proporciones pavorosas. ¡Qué afición! Naturalmente, yo no me puedo quejar. Esta tarde he sido la sensación de la fiesta. ¡Hijos míos! Apenas entré en aquel salón me vi rodeada por una multitud de periodistas y fotógrafos. ¡Qué chicos! Son arrolladores, indiscretos e insoportables. Pero no lo puedo negar: me encantan. Uno de ellos, el más jovencito, un muchacho guapísimo, el condenado, con un mechón de pelo, así, sobre la frente, me soltó de buenas a primeras: «¡Señora! Es usted Laura Fuentes. Una gran actriz. Un monstruo sagrado. ¿Por qué lleva usted tanto tiempo sin trabajar?». «¡Ah, hijito!» —le contesté yo—, «porque tengo que cuidarme. Los empresarios me ofrecen sus contratos, pobres. Pero yo no puedo aceptar cualquier cosa. Yo, amigo mío, no puedo olvidar que he sido la intérprete de Ibsen, de Bernard Shaw y de Bertold Brecht¹³...» (*Se vuelve hacia Alicia y Tomás, cargadísima de razón*) ¿Está claro?

TOMÁS.—¡Naturalmente!

LAURA.—(*Una transición*) Por cierto, he leído en los periódicos que vas a dirigir una nueva película. Una coproducción con Hollywood. Millones de dólares. Algo fantástico, ¿no?

TOMÁS.—¡Je! Pues, sí...

LAURA.—¡Vaya! ¿Y de qué trata el argumento?

TOMÁS.—(*Un suspiro*) Hija, ¿qué quieres? La cuestión social. Es lo que está de moda...

LAURA.—¡Ay! Estoy segurísima de que para el papel de la protagonista ya habrás contratado a alguna de esas estrellas de Londres, de Roma o de París, que se pasan la vida en traje de baño enseñándolo todo...

TOMÁS.—(*Riendo*) ¡Oh!

ALICIA.—(*Igual*) Pero, Laura...

LAURA.—¡Qué golfas! ¿Verdad? ¡Pobrecitas! Y mientras, nosotras, las españolas, infelices, con nuestra honestidad a cuestas...

(*Tomás y Alicia vuelven a reír*)

LOS DOS.—¡Oh!

13 *Henrik Ibsen*: dramaturgo noruego (1828-1906). *George Bernard Shaw*: autor teatral angloirlandés (1856-1950). *Bertold Brecht*: dramaturgo alemán (1898-1956).

(Laura llega hasta la entrada de la terraza. Mira al exterior, hacia arriba, hacia el cielo, y se ensimisma un poco)

LAURA.—¡Qué hermosa noche! El cielo está negro, negrísimo y lleno de estrellas. Parece que debajo de un cielo como este no pueden suceder más que cosas maravillosas. Es la noche ideal que necesita la gente feliz para sentirse un poquito más feliz todavía. Y, sin embargo, estas noches, para mí, particularmente después de tomar un par de whiskies, son terribles. Me pongo de un humor insoportable. Odio a todo el mundo. Ahora mismo, de buena gana os daría de cachetes a todos...

(Tomás y Alicia se ríen)

LOS DOS.—¡Oh!

ALICIA.—¿Serías capaz?

LAURA.—(Muy resuelta) ¡Ah, sí, sí!

TOMÁS.—Pero, criatura, ¿por qué?

LAURA.—Sencillamente, porque sois felices...

ALICIA.—¡Oh!

LAURA.—Todos sois felices. Adela y Alberto. Teresa y Manuel. Vosotros. Todos. (Se vuelve muy despacio) ¿Qué queréis, hijitos? Llevo una temporada espantosa, muy enfadada conmigo misma. Me siento absolutamente fracasada.

ALICIA.—(Protestando) ¿Quién? ¿Tú? ¿Tú fracasada?

TOMÁS.—Pero eso es absurdo...

LAURA.—(Sonríe) ¡Oh, no, no! No es eso. Ya sé que soy una gran actriz y sé también que todavía puedo dar mucha guerra, aunque otra cosa crean algunos jovencitos impertinentes que andan sueltos por ahí y esas chiquitas que empiezan ahora haciendo papelitos en la Televisión y en los teatros de cámara. Mi fracaso, mi terrible fracaso, no es ese. Es que me siento sola, muy sola, espantosamente sola. A veces, cuando vuelvo a casa de madrugada y me veo envuelta en tanta soledad y en tanto silencio, me entra un miedo atroz y me dan ganas de gritar pidiendo socorro...

ALICIA.—(Un poco conmovida) ¡Laura!

LAURA.—¡Ah! La verdad es que debí casarme a los veinte años, cuando me enamoré por primera vez. Hacía yo, entonces, un papelito insignificante en «La dama de las camelias».¹⁴ ¡Y era todo tan romántico! Pero ¡ay!, entonces

¹⁴ *La dama de las camelias*: obra teatral (1852) basada en la novela (1848) del mismo título del escritor francés Alejandro Dumas, hijo (1824-1895).

era yo una de esas pobrecitas estúpidas, tontas de remate, que quieren ser libres. ¡Libres! ¡Figuraos! Todavía no sabía yo que a una mujer la libertad no le sirve más que para hacer tonterías. Naturalmente, no he vivido de espaldas al amor. ¡Oh, no! Eso, no. Nadie puede vivir de espaldas al amor. ¿Qué voy a deciros a vosotros, que conocéis casi todos mis secretos? He tenido mi vida privada. Pero, la verdad, tan privada, que casi, casi, ha sido clandestina. Y desde un punto de vista rigurosamente burgués, bastante escandalosa. ¿No es cierto?

ALICIA.—¡Laura! ¡Mujer! ¿Qué dices?

(Laura, de pronto, en una vivísima transición, sonrío con mucha picardía)

LAURA.—¡Calla! Hablando de escándalos. ¿No sabéis? Tengo un chisme.

(Alicia y Tomás, interesadísimos, acuden casi volando)

ALICIA.—¡Ay! ¿Un chisme?

TOMÁS.—¡Hola!

ALICIA.—Cuenta, cuenta...

TOMÁS.—A ver...

(Laura mira en torno, con mucho misterio)

LAURA.—¿Estamos solos?

TOMÁS.—¡Naturalmente!

LAURA.—Pues veréis. Esta tarde, en el cóctel del argentino, me han dicho que Alberto...

ALICIA.—*(Interesadísima)* ¿Alberto?

LAURA.—Alberto... *(Y en este instante, en el umbral de la puerta de la terraza, aparece Marina. Laura, que la ve, sonrío, se calla y se la queda mirando largamente)*
¡Oh! ¡Silencio! Ha llegado el ángel.

MARINA.—*(Riendo)* ¡Perdón! ¿Estorbo?

(Alicia y Tomás se vuelven. Y los tres miran ahora a la recién llegada)

LAURA.—¡Oh, no! ¿Quién piensa en eso? Entra, hijita...

MARINA.—Gracias.

LAURA.—¿Sabes que esta noche estás muy bonita, pequeña? Y siempre tan calladita, tan calladita...

MARINA.—(*Sonríe*) ¿Qué quiere usted que haga? Yo no soy más que una pobre chica. Para mí estar aquí, entre ustedes, esta noche, es algo así como un fiesta maravillosa. Y estoy deslumbrada. Tengo suerte. No lo puedo negar. Soy la secretaria del famoso autor Alberto Roldán. Un jefe encantador, simpático y divertido, que me paga muy bien. Y por si esto fuera poco, Adela, su mujer, que es un sol, me invita a cenar cuando recibe a sus amigos...

LAURA.—Pero seguramente, nena, es porque tú te lo mereces todo...

MARINA.—(*Ríe*) ¡Oh, no! ¡Pobre de mí! Mi único mérito consiste en que hablo inglés y francés y ahora estoy aprendiendo el ruso...

LAURA.—(*Casi con sobresalto*) ¡Jesús! ¿Ha dicho el ruso?

MARINA.—Sí, sí. El ruso...

LAURA.—¡Ay! Pero ¿eso no está prohibido?

MARINA.—¡No!

(Ríen todos. Y por la terraza aparecen Manuel, Teresa, Adela, Alberto y la Doncella. Esta, en silencio, cruza la escena y desaparece por la entrada del pasillo. Alberto se queda junto a la entrada de la terraza. Manuel viene muy enfadado)

MANUEL.—¡Ah, no! ¡He dicho que no y no!

(Teresa, Adela y Alberto se ríen)

LOS TRES.—¡Oh!

MANUEL.—Me niego, me niego...

LAURA.—¡Ay! ¿Qué pasa ahora?

MANUEL.—¿Que qué pasa? Pues muy sencillo, que a Alberto se le ha ocurrido la luminosa idea de que nos vayamos todos a desayunar a Sevilla...

LAURA.—¡No!

TODOS.—(*Ríen*) ¡Oh!

ALICIA.—(*De pronto, contentísima*) ¿A Sevilla? ¿Ha dicho a Sevilla?

MANUEL.—(*Indignado*) ¡Sí! A Sevilla, a Sevilla...

ALICIA.—¡Ay! Pero esa es una idea formidable...

MANUEL.—¿Cómo?

ALICIA.—¿Por qué no vamos a ir a Sevilla? Pero si Sevilla es monísima, monísima...

MANUEL.—¿Tú crees?

ALICIA.—¡Digo! Con la Giralda y el barrio de Santa Cruz y el Acueducto...

TODOS.—(Riendo) ¡No!

TOMÁS.—¡Alicia! ¡Chica! ¡Que el Acueducto no está en Sevilla!

ALICIA.—(Sorprendidísima) ¡Ah!, ¿no?

TOMÁS.—¡No!

ALICIA.—¡Anda! Entonces, ¿adónde se han llevado el Acueducto?

TOMÁS.—¡Alicia!

TODOS.—(Riendo) ¡Oh!

(Manuel, abrumadísimo, se deja caer en un sillón)

MANUEL.—¡Muchachos! ¡Un poco de seriedad! ¡Tened lástima de mí! ¡Que me caigo de sueño! ¡Que estoy molido! ¡Que no puedo más! ¡Que esta mañana me he levantado a las siete!

TODOS.—(Muy asombrados) ¡No!

MANUEL.—(Muy enérgico) ¡Sí! A las siete, a las siete...

TOMÁS.—(Sensatísimo) ¡Qué loco!

MANUEL.—¡Hum! A las ocho me encerré en el despacho, rodeado de papeles. Y a las diez, ya estaba en la Bolsa...

TOMÁS.—(Escandalizado) ¡Hola! ¿Pero es que tú vas a la Bolsa?

MANUEL.—¡Naturalmente! Todos los días. Como Dios manda...

TOMÁS.—(Muy disgustado) ¡Alberto! ¿Has oído?

ALBERTO.—Calla, hombre, calla...

TOMÁS.—(Con repugnancia) ¡Oh! ¡Qué asco! Pero ¡qué asco!...

MANUEL.—(Atónito) ¡Cómo! ¿Te da asco la Bolsa?

TOMÁS.—¡Calla!

ALBERTO.—¡Burgués!

TOMÁS.—¡Millonario!

ALBERTO.—¡Capitalista!

MANUEL.—¿Quién? ¿Yo?

TODOS.—¡Oh!

(Ríen todos. Y Manuel se vuelve hacia Teresa, sorprendidísimo)

MANUEL.—¡Hum! ¡Teresa!

TERESA.—(Divertida) ¿Qué, mi vida?

MANUEL.—A veces, ¿sabes?, a veces me pregunto: ¿Cómo es posible que tú y yo, que somos gente de orden, un matrimonio respetable, con su hotelito en

Alicante, con su piso en el barrio de Salamanca,¹⁵ con su libreta en la Caja de Ahorros,¹⁶ con sus acciones de la Telefónica, con su coche utilitario y todo lo demás, como debe ser, Señor, como debe ser...; cómo es posible que nosotros seamos amigos de esta pandilla de insensatos y bohemios?

TODOS.—(Riendo) ¡Oh!

(Manuel se calla. Luego, en una transición, se sonríe)¹⁷

MANUEL.—Pero, claro, demasiado sé yo por qué. ¡Je! Porque hace años, muchos años ya, Alberto, Tomás y yo éramos tres estudiantes, locos y soñadores, que jugaban al billar en un café de la glorieta de Bilbao¹⁸... (Se hace un suave silencio. Manuel vuelve a sonreír) ¡Je! ¿Te acuerdas, Tomás?

TOMÁS.—(Bajo) ¡Claro! ¿Cómo no voy a acordarme?

MANUEL.—¿Y tú?

ALBERTO.—¡Figúrate! ¿Quién puede olvidar aquellos tiempos? Eran los años de la ilusión, de la alegría y de la esperanza. En un rincón de aquel café escribí yo mis primeras comedias... (Otro silencio. Y, de pronto, a Alberto todo el rostro se le ilumina con una gran sonrisa) Por cierto, muchachos...

MANUEL.—¿Qué ocurre?

ALBERTO.—¡Tengo una noticia!

MANUEL.—¡Hola! ¿Una noticia?

ALBERTO.—¡Sí!

TOMÁS.—¿Importante?

ALBERTO.—¡Importantísima!

TOMÁS.—¿Algo de Vietnam?¹⁹

ALBERTO.—(Muy superior) ¡No! ¡Qué va! Mucho más importante...

MANUEL.—(Perspicaz) ¿El Mercado Común...?²⁰

ALBERTO.—Más, más...

15 *Barrio de Salamanca*: céntrico distrito madrileño, uno de los más selectos, que debe su nombre a su constructor, el marqués de Salamanca

16 *Caja de Ahorros*: entidad de crédito similar a un banco y diferenciada de ella en el hecho de que debe destinar una parte de sus beneficios a fines sociales.

17 1967: se calla y sonríe

18 *Glorieta de Bilbao*: céntrica plaza madrileña que separa los distritos de Centro y Chamberí y que es llamada así en recuerdo de la ciudad que resistió el asedio de las tropas carlistas

19 *Vietnam*: la Guerra de Vietnam (1964-1975) y enfrentó a la parte norte, comunista, con la sur, apoyada por Estados Unidos. En ese contexto de «guerra fría» se insertan las inmediatas alusiones a Rusia y a los chinos.

20 *Mercado Común*: antecedente de la actual Unión Europea, creado por los Tratados de Roma en 1957.

TOMÁS.—¿Rusia...?

ALBERTO.—¡No!

MANUEL.—¿Los chinos...?

ALBERTO.—(*Casi molesto*) Quita, hombre, quita. Todo eso son bagatelas.

TOMÁS.—Pues, chico, no caigo...

(*Alberto pasea en torno una mirada irremediabilmente triunfal*)

ALBERTO.—¡Amigos míos! Escuchad. Esta tarde, precisamente esta tarde, he terminado de escribir mi nueva comedia...

(*Todos acogen la declaración con un gran alborozo*)

TODOS.—¡Bravo! ¡Bravo!

TOMÁS.—¡Soberbio!

ALBERTO.—(*Satisfechísimo*) ¡Ea! ¿Verdad que es una gran noticia?

TERESA.—¡Maravillosa!

ALICIA.—¡Fantástica!

MARINA.—¡Estupenda!

TODOS.—¡Oh!

ALBERTO.—¡Je!

(*Adela, ilusionadísima, va hacia Alberto*)

ADELA.—¡Amor mío! ¡Por fin! ¿Por fin has terminado esa comedia?

ALBERTO.—¡Por fin!

ADELA.—¡Qué alegría!

ALBERTO.—¡Ah! Y no queráis saber el trabajo que me ha costado ese condenado montoncito de cuartillas. Ya estaba todo resuelto. ¡Todo! Pero me faltaba una palabra, la última palabra. ¿Qué os parece? Figuraos que en escena, cuando ya está a punto de bajar el telón, se encuentran solos ella y él. Por el ventanal entra el resplandor azul de la luna. Se oye una música lejana, suave, suave. Patético, ¿no?

MANUEL.—(*Boquiabierto*) ¡Ah! ¿Sí?

ALBERTO.—¡Cállate! (*Y otra vez en el mismo tono*) Hay un gran silencio. Y, de pronto, ella se vuelve muy despacio hacia él y mirándole a los ojos, le dice dulcemente: «¿Volverás?». ¡Ah! Y aquí está el problema. Porque si él dice: «¡Volveré!», ¿qué pasa? Pues pasa, ni más ni menos, que la obra se convierte en una de esas comedias optimistas que ponen de mal humor a

las minorías. Y me trituran. ¡Digo! ¡Que si me trituran! Pero sí él dice: «¡No! ¡No volveré!», entonces resulta que la comedia se transforma en una obra pesimista, amarga, retorcida, triste, condenadamente triste. ¡Ah! Sería una vez más el eterno fracaso del hombre que se estrella ante un destino cruel e inexorable. Hermoso mensaje, ¿verdad? Duro, dramático, elocuente. Algo muy importante, ya lo creo. Pero, ¡ay!, todo eso al gran público le cae fatal...

MANUEL.—(*Muy interesado*) ¿Tú crees?

ALBERTO.—Fatal, fatal. Te lo digo yo.

MANUEL.—(*Admiradísimo*) ¡Hay que ver! Y todo por una palabrita...

ALBERTO.—¡Ah, muchachos! Es muy difícil escribir teatro en España. Pero muy difícil. ¡Hum! ¡Aquí quisiera yo ver a Ionesco!²¹

TOMÁS.—Oye. Y, por curiosidad, ¿cómo has resuelto ese final?

(*Alberto se queda mirando a Tomás y sonríe muy dichoso*)

ALBERTO.—¡Je! ¿Quieres saberlo? Pues fíjate que él no dice: «¡Volveré!».

TOMÁS.—¡Ah! ¿No?

ALBERTO.—¡No!

TOMÁS.—¡Hola!

ALBERTO.—Pero tampoco dice: «¡No volveré!».

TOMÁS.—¡Demonio! Entonces, ¿qué dice?

ALBERTO.—Pues dice, sencillamente: «¡Quién sabe!».

(*Un revuelo. Todos, admiradísimos*)

TODOS.—¡Oh!

ALBERTO.—(*Entusiasmado*) ¿Os dais cuenta? ¿Habéis comprendido? ¡Quién sabe! Dice: «¡Quién sabe!». ¡Ah! De esa manera, los pesimistas, los que todo lo ven negro, pensarán: «¡No! ¡No vuelve! ¡No vuelve! ¡Ese tío no vuelve! ¡Qué va a volver! ¡Si lo sabré yo!». Y los otros, las gentes sencillas y optimistas, se dirán: «¡Vuelve! ¡Vuelve! ¡Digo! ¡Pobrecito! ¡Ese está aquí mañana por la mañana!». Y, claro, así, mi comedia le gustará a todo el mundo...

(*Todos se entusiasman. Aplauden*)

TODOS.—¡Bravo!

21 Eugène Ionesco: autor teatral francés (1912-1994) nacido en Rumania.

TOMÁS.—¡Soberbio!

ADELA.—¡Dios mío! Pero qué talento tiene mi marido...

MANUEL.—(*Perplejo*) ¡Qué tío!

ALBERTO.—(*Embaladísimo*) ¡Hala! ¡Que aprenda Ionesco!

TODOS.—(*Riendo*) ¡Oh!

TOMÁS.—Oye, oye. ¿Y la comedia es bonita?

ALBERTO.—(*Sincerísimo, casi fascinado*) Es preciosa. No lo puedo negar. ¡Los personajes tienen una fuerza! ¡Y la situación es tan viva, tan sorprendente, tan fantástica y tan real a la vez! Y el diálogo... Bueno. Para qué vamos a hablar del diálogo. Una maravilla.

MANUEL.—¡Hola! Entonces, ¿te gusta?

ALBERTO.—¡Hombre! ¡Qué pregunta! A mí me gustan todas mis comedias...

TODOS.—(*Riendo*) ¡Oh!

(Y de pronto, Alberto, en una transición, enfadadísimo, sacude un puñetazo feroz en cualquier mueble)

ALBERTO.—¡¡Porras!! Esta vez espero yo a los críticos. Ahora veremos, ahora veremos qué hacen los que siempre dicen de mí que soy un autor burgués, superficial, frívolo y decadente...

TODOS.—(*Ríen*) ¡Oh!

(Adela se planta ante Alberto y le mira casi deslumbrada)

ADELA.—¡Ay, Dios mío! Entonces, ¿tú crees que esta temporada vamos a ganar mucho dinero?

ALBERTO.—(*Segurísimo*) ¡Huy! ¡Muchísimo! ¡Una fortuna! Prepárate...

ADELA.—(*Radiante*) ¡Ay! ¡Ay! Entonces, ¿tú crees que, por fin, podremos comprar una casita en Marbella?

ALBERTO.—¡Anda! Y, si tú quieres, otra en Saint-Tropez...

ADELA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué marido tan maravilloso tengo!

TODOS.—¡Oh!

(Adela se abraza a su marido. Todos ríen. Y de pronto, dominando el pequeño y jolgorioso tumulto, salta Tomás)

TOMÁS.—¡Chicos! ¿Por qué no le pedimos a Alberto que nos lea su comedia?

(Todos, menos Manuel, alborozadísimos, aplauden)

TODOS.—¡Sí! ¡Bravo! ¡Que la lea! ¡Que la lea!

(Alberto, con una débil y falsísima modestia, sonrío)

ALBERTO.—¡Hombre! No sé si debo...

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

(Y Manuel se incorpora muy asustado)

MANUEL.—¿Cómo? ¿Ahora?

TODOS.—¡Sí!

MANUEL.—¿Queréis que nos lea esa comedia ahora?

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

MANUEL.—*(Asustadísimo)* Pero es que se va a hacer tardísimo...

TODOS.—¡Oh!

ALBERTO.—*(Indignadísimo)* ¡Maldita sea! ¡Condenado agente de Bolsa...!

MANUEL.—¡Hum!

TERESA.—*(Riendo)* ¡Manuel! ¡Cariño! ¡Por favor! Me encantaría conocer la comedia de Alberto...

MANUEL.—*(Muy enfadado)* Bueno. Está bien. ¡Que lea su dichosa comedia!

TODOS.—¡Bravo!

ALBERTO.—¡Soberbio! ¡Marina! ¡Esos papeles...!

MARINA.—Sí, señor. Aquí están.

(Marina va a la mesa escritorio y reúne un mazo de cuartillas, que se hallan desperdigadas, que luego entrega a Alberto. Entre tanto, todos se acomodan para escuchar la lectura. Alberto toma asiento en el sofá)

TOMÁS.—¡Hala! ¡Hala! Ya puedes empezar.

ALICIA.—¡Ay! Tengo una curiosidad...

TERESA.—Y yo, y yo...

MANUEL.—*(Gruñendo)* Oye. Por lo menos, ¿es de risa?

ALBERTO.—*(Furiosísimo)* ¡Vaya usted a paseo, señor mío!

MANUEL.—¡Hombre!

ALBERTO.—¡Vaya usted a paseo! ¡Ea! Es una gran comedia y nada más. ¿Está claro?

MANUEL.—Bueno, bueno. Veremos qué dice luego la crítica...

ALBERTO.—*(Como un energúmeno)* ¡Y dale! Pero si yo nunca leo las críticas...

ADELA.—(*Impulsivamente*) ¡Embustero!

ALBERTO.—¿Cómo?

ADELA.—Te lees todas las críticas. Y algunas tres y cuatro veces. ¡Dios mío! Pero si cuando te elogian hasta las recitas de memoria...

TODOS.—(*Riendo*) ¡Oh!

ALBERTO.—¡Adela! ¡Traidora! (*Vuelven a reír. Alberto, que ya tiene las cuartillas entre las manos, mira en torno, y, muy lanzado, se dispone a empezar*) Bueno. Vamos allá. Figuraos que en escena se hallan varios personajes. Gentes como nosotros, que se han reunido para pasar una velada agradable. Y de pronto, alguien llama a la puerta de la escalera...

TERESA.—¿Quién es?

ALBERTO.—(*Enigmático*) ¡Ah! Es un personaje misterioso...

TOMÁS.—¡Hola, hola!

ALBERTO.—Un hombre. Lleva una gabardina y el sombrero le cae sobre la frente...

MANUEL.—(*Muy agudo*) ¿Policía?

ALBERTO.—¡Oh, no! ¡Qué va!

MANUEL.—¿Un gángster?

ALBERTO.—(*Furioso*) ¡Un cuerno!

MANUEL.—(*Mohíno*) ¡Hombre! Pues, por las trazas...

ALBERTO.—Nadie sabe quién es ese personaje misterioso. Ni siquiera yo mismo. Puede ser un vagabundo, nada más. Pero también puede ser un ángel... (*Y en este instante se oye, muy amortiguado por la distancia, pero claro y penetrante, el timbre de la puerta de la escalera. Todos los personajes, instintivamente, vuelven el rostro hacia la entrada del pasillo. Un levísimo silencio*) ¿Qué es eso? ¿Han llamado?

ADELA.—¡Sí! Han llamado.

ALBERTO.—¡Qué extraño! ¿Quién puede ser a estar horas?

LAURA.—¡Ay! No digas más. ¡El hombre de la gabardina!

TODOS.—(*Riendo*) ¡No!

(Por la entrada del pasillo aparece la Doncella, que lleva un sobre blanco en la mano. Parece un poco confundida)

LA DONCELLA.—¡Señora!

ADELA.—¿Quién ha llamado?

(Un corto silencio. Todos miran a la Doncella)

LA DONCELLA.—Nadie.

TODOS.—¿Cómo?

LA DONCELLA.—Parece cosa de brujas, señora. Figúrese la señora que sonó el timbre de la escalera. Y fui corriendo. Pero cuando abrí la puerta no había nadie en el rellano...

ADELA.—(*Sorprendidísima*) ¿Qué dices?

LA DONCELLA.—No, señora. No había nadie. Pero alguien había dejado esta carta delante de la puerta, sobre la alfombra...

(Todos, interesadísimos, miran a la Doncella. Adela se vuelve hacia Alberto)

ADELA.—¿Tú has oído? ¡Una carta! ¿Quién puede enviarnos una carta a estas horas y de este modo tan misterioso?

ALBERTO.—Pronto vamos a saberlo... (*Y, muy resuelto, va hacia la Doncella*) Trae. Dame esa carta.

LA DONCELLA.—Perdón, señor.

ALBERTO.—¿Qué ocurre?

LA DONCELLA.—Aquí, en el sobre, dice: «Para la señora».

ALBERTO.—¡Ah! Para la señora...

LA DONCELLA.—Sí, señor.

ALBERTO.—¿Y nada más?

LA DONCELLA.—Nada más, señor.

(Alberto se vuelve hacia Adela)

ALBERTO.—¡Vaya! Entonces, indudablemente, es para ti...

ADELA.—(*Un poco impresionada*) ¿Tú crees?

ALBERTO.—¡Digo! Está muy claro...

(Adela avanza y toma la carta que le tiende la Doncella. La mira intrigadísima, y sonríe un poco nerviosa)

ADELA.—Es verdad. Aquí dice: «Para la señora». Solo eso. ¡Jesús! ¡Qué cosas! ¿Por qué tantísimo secreto?

LAURA.—Bueno. No se puede negar que todo esto está resultando muy excitante...

ALICIA.—¡Ay, sí! ¡Qué suspense!

TERESA.—Es verdad...

ALBERTO.—(*Impaciente*) ¡Adela! ¡Por favor! ¿Quieres abrir de una vez esa carta? Estamos todos muertos de curiosidad...

ADELA.—¡Ay, sí! Yo también. (*Adela, bajo las miradas de todos los demás, rasga rápidamente el sobre. Extrae una blanca cuartilla del interior. Y lee. Y de pronto, se queda inmóvil, espantosamente inmóvil. Muy pálida. Casi sin voz*) ¡Jesús!

ALBERTO.—(*Inquietísimo*) ¿Qué? (*Un silencio. Adela mira alrededor de sí misma. Pero sin ver a nadie, con una mirada vaga, perdida, ausente. Luego se vuelve hacia Alberto con los ojos brillantes, abiertos de par en par. Todavía hay un silencio. Alberto la mira estupefacto*) ¡Adela! (*Silencio. Ella sigue mirándole sin pestañear*) ¿Qué ocurre?

(*Da un paso. Ella retrocede defendiendo, instintivamente, la posesión de la carta*)

ADELA.—¡Déjame!

ALBERTO.—(*Estupefacto*) ¡Adela! ¿Quieres hablar de una vez? ¿Qué dice esa carta?

ADELA.—¡Déjame! ¡No te acerques!

ALBERTO.—(*Desconcertado*) Pero, Adela...

(*Ella está sola, en el centro, con su carta sobre el pecho. Todos la miran atónitos, boquiabiertos. Adela, como acorralada, lanza una mirada en torno, en la que envuelve a todos los presentes. Luego, vuelve a mirar a su marido. Y, por fin, un sollozo le brota de la garganta. Y escapa aprisa, huyendo. Entra en la terraza. Desaparece entre las plantas. Un silencio. Todos están atónitos, inmóviles por el estupor. Y de pronto, todos, menos Alberto, se mueven y hablan a un tiempo*)

TODOS.—¡¡Oh!!

LAURA.—¡Jesús! Pero ¿qué es esto?

ALICIA.—(*Nerviosísima*) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

TERESA.—¿Qué pasa aquí?

MANUEL.—¡Demonio!

TOMÁS.—Pero ¿qué dice esa carta?

MANUEL.—Esto es fantástico...

ALICIA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué nerviosa me estoy poniendo!

TERESA.—¡Y yo! ¡Y yo también!

TOMÁS.—¡Calma! ¡Un poco de calma!

TODOS.—¡Oh!

(Un gran barullo. Ya no se entiende nada. Todos hablan a un tiempo, excitadísimos. Y, bruscamente, Alberto, en medio del revuelo general, grita muy irritado)

ALBERTO.—¡Basta!

TODOS.—¡Oh!

ALBERTO.—¡Por favor! Callaos todos. Vais a volverme loco. *(Y se encara con la Doncella)* Ven aquí tú.

LA DONCELLA.—*(Apuradísima)* ¡Ay, Virgen! ¡Que yo soy inocente! ¡Que yo no tengo la culpa!

ALBERTO.—*(Indignado)* ¡Cállate! No grites.

LA DONCELLA.—Sí, señor.

ALBERTO.—Di la verdad. ¿No nos has engañado?

LA DONCELLA.—¡No, señor!

ALBERTO.—¿De verdad cuando abriste la puerta no había nadie en el rellano de la escalera?

LA DONCELLA.—¡Nadie! ¡Se lo juro!

ALBERTO.—¿Y la carta estaba allí?

LA DONCELLA.—Estaba allí. ¡Por estas!

ALBERTO.—¡Hum!

LA DONCELLA.—*(Echándose a llorar)* ¡Ay, madre mía! Pero si ya sabía yo que esto iba a traer jaleo...

(La Doncella se va llorando por la entrada del pasillo. Alberto se revuelve muy irritado)

ALBERTO.—¡Demonio! Pero ¿qué significa? ¿Quién le ha enviado a mi mujer esa carta? ¿Qué dice esa condenada carta? ¿Por qué la ha impresionado tanto?

LAURA.—*(Prudente)* ¡Alberto! ¡No pierdas la compostura!

ALBERTO.—*(Indignado)* ¡Déjame en paz!

LAURA.—*(Picadísima)* ¡Grosero!

ALBERTO.—¡Ah, no! Esto no puede quedar así. Tengo que saber lo que dice esa carta. Y lo sabré ahora mismo. *(Y muy decidido, marcha, airado, hacia la terraza. Y llama)* ¡Adela!!

TOMÁS.—¡Alberto! ¡Cuidado!

ALBERTO.—¡Adela! Ven aquí. ¡Adela! *(Da unos pasos, dispuesto a entrar en la terraza. Pero en ese instante surge Adela bajo el dintel de la entrada con la carta en la mano. Se queda allí, inmóvil. Un silencio. Adela y Alberto se miran largamente)* ¡Adela!

ADELA.—*(Fría)* ¿Qué quieres?

ALBERTO.—Habla. Tengo derecho a saber. Soy tu marido. ¿Quién te ha escrito?

ADELA.—*(Bajo)* No lo sé.

ALBERTO.—*(Estupefacto)* ¿Cómo? ¿Que no lo sabes?

ADELA.—Esta carta no lleva firma...

ALBERTO.—*(Atónito)* ¿Que no lleva firma?

ADELA.—No.

ALBERTO.—¡Hola! Entonces, se trata de un anónimo...

(Adela afirma con la cabeza. Estupor. Todos se agitan)

TODOS.—¡Ay!

TERESA.—¡Un anónimo!

LAURA.—¡Un anónimo!

(Alicia palmea excitadísima)

ALICIA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Un anónimo! ¡Adela ha recibido un anónimo! ¿Has oído, amor mío? ¡Qué suerte! Pero ¡qué suerte!...

(Tomás enérgico, toma de un brazo a su mujer)

TOMÁS.—¡Cállate, Alicia!

ALICIA.—*(Indignada)* ¡Bruto!

TOMÁS.—¡Que te calles!

ALICIA.—¡Oh!

TERESA.—*(Muy excitada)* ¡Manuel! ¡Un anónimo!

MANUEL.—¡Je!

(Alberto, mientras, no ha dejado de mirar fijamente a Adela)

ALBERTO.—¡Adela! ¿Qué dice ese papel?

(Adela le mira un instante, en silencio. Los ojos se le llenan de lágrimas. Con una infinita rabia, casi sin voz)

ADELA.—¡Canalla!

ALBERTO.—(*Estupefacto*) ¡Adela! ¿Qué...? ¿Qué has dicho?

ADELA.—Canalla, canalla...

(Arroja la carta a los pies de Alberto. Luego escapa, cruza la escena conteniendo los sollozos y desaparece por la puerta de la izquierda. Todos se quedan atónitos. Alberto, impresionadísimo, mira en torno. Después, su mirada se posa en el blanco papel caído sobre la alfombra. Muy despacio, se inclina y lo toma. Bajo la mirada de todos los demás, lee muy despacio. Y con un gesto de ira incontenible, estruja el papel y lo arroja al suelo)

ALBERTO.—¡Santo Dios! ¡Qué infamia! Pero ¡qué infamia!...

(Y sale, aprisa, por la puerta de la izquierda, siguiendo los pasos de Adela. Un enorme silencio. Todos, que han seguido a Alberto con la mirada, se miran ahora entre sí)

LAURA.—Bueno. Pero ¿qué pasa aquí? ¿Qué dice ese papelito?

TERESA.—No sé. Pero debe de ser²² algo realmente terrible...

ALICIA.—¿Verdad que sí?

(Casi inconscientemente, Alicia, Laura, Teresa y Marina avanzan y rodean el papelito. Lo miran, atraídas, casi fascinadas. Al otro lado, a la izquierda, Tomás y Manuel se miran sorprendidísimos)

TOMÁS.—¡Je! Chico, chico...

MANUEL.—¿Tú qué piensas?

TOMÁS.—Hombre...

(Otro fugaz silencio. Las cuatro mujeres continúan en torno al papel)

LAURA.—Naturalmente, por nuestra parte no sería discreto indagar...

TERESA.—¡Oh, no, no!

ALICIA.—¡Mujer! ¿Quién piensa en eso?

22 1967: debe ser

(De pronto, Laura, indignadísima, en una transición, casi grita)

LAURA.—Pero ¡es que yo no puedo más! ¡Ea!

(Teresa, Alicia y Marina se agitan muy nerviosas)

ALICIA.—¡Ay! Ni yo...

TERESA.—Yo tampoco...

MARINA.—¡Oh!

LAURA.—*(Resueltísima)* Entonces, se acabó...

TOMÁS.—¡Laura!

LAURA.—¡Vamos a saber, ahora mismo, qué es lo que dice ese dichoso papelito!

ALICIA.—¡Ay, sí, sí! ¡A ver!

TERESA.—A ver, a ver...

ALICIA.—¡Pronto! ¡Date prisa!

TOMÁS.—¡Laura! ¡Estate quieta! Deja eso...

LAURA.—¡No me da la gana!

TOMÁS.—¡Hum!

(Laura se agacha, decidida, y toma el papel del suelo. Lo lee. Calla. Y de pronto, mirando de una en una a las otras tres mujeres que la rodean, abre los ojos con un susto tremendo)

LAURA.—¡No!

TODOS.—¿Qué?

TERESA.—*(Muy inquieta)* ¿Qué dice?

(Teresa, Alicia y Marina miran anhelantes a Laura)

LAURA.—¡No puede ser! Esto es demasiado...

(Laura, en silencio, tiende el papel a Teresa y escapa, muy asustada, hasta la cristalera. Se queda allí. Teresa lee. Un silencio. Teresa se estremece)

TERESA.—Jesús, Jesús...

(Marina, impaciente, nerviosísima, arranca el papel de las manos de Teresa)

MARINA.—Deme, deme. ¡Por favor!

(Lee. Palidece. Y con los ojos muy abiertos se queda mirando a Alicia. Le tiende el papel. Alicia lo toma. Y bruscamente se tapa la boca para sofocar un grito)

ALICIA.—¡Ayyy...!

TOMÁS.—¡Alicia!

ALICIA.—¡Ay, Tomás!

(Manuel y Tomás se miran estupefactos. Aquel ya está indignadísimo)

MANUEL.—¡Demonio! Pero ¿qué dice?

TOMÁS.—Pues, chico, ¿qué quieres? A mí también me gustaría saber...

ALICIA.—¡Tomás!

TOMÁS.—¿Qué?

ALICIA.—Escucha. *(Y con el papel entre las manos, lee)* ¡Señora! ¿Sabe usted que esta noche está en su casa la amante de su marido?

(Manuel y Tomás pegan un respingo)

LOS DOS.—¿Cómo?

MANUEL.—¡Porras!

TOMÁS.—¿Eso dice?

ALICIA.—Sí, sí. Eso mismo.

(Un corto silencio. Alicia deja suavemente la carta sobre la mesita que está delante del sofá. Luego se vuelve y mira a Teresa, a Marina y a Laura, que, a su vez, la miran a ella. Manuel, entre tanto, está sumido en una tremenda confusión)

MANUEL.—Bueno. Pero ¿qué? ¿Qué quiere decir eso?

LAURA.—¡Ah! Pero ¿todavía no te has enterado, hijito? Pues está clarísimo. Resulta que, según este papelito que una mano misteriosa ha depositado ante la puerta de este piso, Alberto tiene una amante. Y esa mujer, en este momento, está en esta casa. Luego esa mujer tiene que ser una de nosotras...

(Teresa, Alicia y Marina reaccionan a un tiempo, sobresaltadísimas, casi gritando)

LAS TRES.—¡Laura!

(Manuel da un paso, con una enorme zozobra)

MANUEL.—¡Pero, Laura!, ¿qué dices? ¿Te olvidas de que Teresa es mi mujer?

LAURA.—*(Muy natural)* ¡Vaya! ¿Y eso es incompatible?

MANUEL.—*(En vilo)* ¿Cómo?

(Laura, con muchísimo aire, casi majestuosamente, entra en la terraza. Las otras tres mujeres se alborotan)

TERESA.—*(Alarmadísima)* ¡Laura! ¿Qué has dicho?

ALICIA.—Pero, Laura...

MARINA.—¡Laura! ¡Por Dios!

(Teresa, Marina y Alicia entran en la terraza precipitadamente, siguiendo a Laura. Quedan en escena solos, frente a frente, Tomás y Manuel)

TOMÁS.—*(Muy divertido)* ¡Chico! ¡Huy! ¿Qué lío! Pero ¡qué lío!...

MANUEL.—*(Inquietísimo)* ¡Ah, no! Esto no puede quedar así. Hay que averiguar inmediatamente quién es esa mujer...

TOMÁS.—¿Tú crees que eso es prudente?

MANUEL.—¡Naturalmente!

TOMÁS.—*(Muy sensato)* ¡Caramba! Pues también es curiosidad...

MANUEL.—*(Un escalofrío)* ¿Cómo? ¿Qué dices?

TOMÁS.—Hala, hala. Deja eso. Pero hombre, qué morboso eres...

MANUEL.—¡Tomás!

TOMÁS.—Después de todo, ¿a ti qué te importa?

MANUEL.—¡Tomás! ¿Qué estás diciendo?

(Entran los dos en la terraza. Desaparecen. Queda la escena sola. Y de pronto, se abre la puerta de la izquierda y surge Adela, impetuosamente, seguida de Alberto)

ADELA.—¡Déjame!

ALBERTO.—¡Adela!

ADELA.—¡Déjame! (*Y, bruscamente, se vuelve y se yergue ante él*) ¿Quién es esa mujer? ¿Quién es tu amante? ¡Dímelo!

ALBERTO.—(*Indignado*) ¡Adela! Ya te he dicho que todo es mentira. ¡Que ese papel me calumnia! ¡Que se trata de un embuste vil y miserable! ¡Una ruindad! ¡Que hay alguien que quiere destruir mi vida y nuestro hogar! ¡Adela! Tú sabes que todos tenemos enemigos...

ADELA.—(*Furiosa*) ¡Mientes!

ALBERTO.—¡Oh, Adela, Adela!

ADELA.—Estás mintiendo. ¡Embustero! ¡Farsante!

(*Alberto, aterrado, se lleva las manos a la cabeza*)

ALBERTO.—¡Hum! ¡Por todos los santos!

ADELA.—Ese papel dice la verdad. Lo sé. Estoy segura. Es más: lo sabía antes de que llegara. Durante toda la noche he tenido la sensación de que alguien, alguien que estaba muy cerca de mí, rozándome, era el único objeto de tus pensamientos. Ha sido como un presentimiento, ¿sabes? ¡Ah! Y tú sabes muy bien que mis presentimientos no me engañan nunca...

ALBERTO.—¡Adela! ¡Que te equivocas!

ADELA.—(*Terca, obstinada*) ¿Quién es? Dime quién es esa mujer. Mira que tengo que saberlo y lo sabré...

ALBERTO.—¡Adela! Te juro...

ADELA.—¡Cállate! Me sé de memoria tus excusas y tus mentiras. Son siempre las mismas...

ALBERTO.—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

ADELA.—¿Es Laura?

ALBERTO.—(*Aterrado*) ¡Laura! ¡No! ¡Qué va! Laura, no...

ADELA.—¿Es Teresa?

ALBERTO.—(*Asustadísimo*) Pero ¿qué estás diciendo? ¡Teresa! Nada menos que Teresa...

ADELA.—¿Alicia?

ALBERTO.—¿Alicia? Pero ¿cómo has podido pensar? ¡Si todos sabemos que Alicia está enamoradísima de Tomás!

ADELA.—(*Inflexible*) Entonces, ¿es tu secretaria?

ALBERTO.—¿Quién? ¿Marina? ¿Esa pobre chica? Pero Adela, ¿cómo se te ha ocurrido? Es increíble...

ADELA.—¡Alberto! Tú sabes muy bien que cualquiera de esas cuatro mujeres puede ser tu amante...

(Alberto, desesperado, va hacia ella. La toma de los hombros. Y habla con toda su alma)

ALBERTO.—Pero yo te digo que no. ¡Que todo es mentira! ¿Me oyes? Te lo digo yo, yo, yo...

ADELA.—¡No importa!

ALBERTO.—¡Adela! Escúchame. ¡Mírame!!

(Adela sostiene la mirada un segundo)

ADELA.—Estás mintiendo...

ALBERTO.—¡Oh!

ADELA.—Estoy segura. Te conozco muy bien.

ALBERTO.—¡Adela!

ADELA.—¡Déjame!

(Se suelta. Huye. Llega hasta la puerta de la izquierda y desaparece. Alberto, solo, abrumado, se derrumba en un sillón)

ALBERTO.—¡Oh! ¡Santo Dios! *(Una pausa muy corta. Por la terraza aparecen Manuel y Tomás. Alberto alza la frente)* ¡Je! ¿Habéis leído? ¿Habéis leído esa maldita carta?

TOMÁS.—¡Je! Pues, sí...

MANUEL.—¡Naturalmente!

ALBERTO.—¿Y no estáis indignados? Es una estúpida calumnia. Una infamia de mal estilo. Pero lo peor es que mi mujer se lo ha creído...

MANUEL.—¡Ah!, ¿sí?

ALBERTO.—¡Sí! Se lo ha creído, se lo ha creído...

MANUEL.—Pues, chico, ¿qué quieres que te diga? A mí, la actitud de tu mujer me parece muy razonable...

ALBERTO.—*(Furioso)* ¿Qué estás diciendo?

MANUEL.—¡Je!

ALBERTO.—Pero si es mentira, mentira, mentira...

MANUEL.—*(Muy perspicaz)* ¡Hombre! ¿Qué vas a decir tú?

ALBERTO.—*(Un grito)* ¡Manuel!

MANUEL.—*(Muy superior)* Ea, ea, muchacho. Razonemos un poco. Aquí se ha recibido una carta. Y en esa carta se dice que tú tienes una amante. Y se dice, además, que esa mujer está aquí, entre nosotros, esta noche. ¿Qué puedes hacer tú en semejante situación? Pues eso, lo que estás haciendo: negar,

negar y negar. Pero ¿qué puede hacer tu mujer, la pobre, mujer al fin? Pues eso, creer que lo que dice la carta es verdad...

(Alberto le está mirando, irritadísimo)

ALBERTO.—¡Ah!, ¿sí?

MANUEL.—¡Claro!

ALBERTO.—¡Vaya! Y por curiosidad: ¿tú qué piensas?

MANUEL.—¡Hombre! Pues, ¿qué quieres? Yo soy un pesimista.

ALBERTO.—¡Hola!

MANUEL.—Yo pienso siempre en lo peor.

ALBERTO.—*(Excitadísimo)* ¡Hola!

MANUEL.—Yo estoy con tu mujer.

ALBERTO.—*(Furioso)* ¡Manuel!

MANUEL.—*(Segurísimo)* Hala, hala...

(Alberto se vuelve hacia Tomás, soliviantadísimo)

ALBERTO.—¡Tomás! Pero ¿tú oyes?

TOMÁS.—*(Con mucha picardía. Muy divertido)* ¡Chico! ¡Chico! ¡A mí qué me vas a contar!

ALBERTO.—*(Atónito)* ¡Cómo! ¿Tú también?

TOMÁS.—¡Je! ¡Tunante! Si te conoceré yo...

ALBERTO.—*(Desesperado)* ¡Tomás! ¡Idiota!

TOMÁS.—Hombre...

MANUEL.—*(Muy paternal)* ¡Alberto! ¡Hijo mío!

ALBERTO.—¿Qué pasa?

MANUEL.—Convengamos en que, por desgracia, todas las apariencias te condenan. Eres tan frívolo, muchacho, tan frívolo...

ALBERTO.—*(Un brinco)* ¿Quién? ¿Yo? ¿Frívolo yo? Pero maldita sea, ¿qué dice este loco?

(Y va hacia Manuel hecho un energúmeno. Tomás se interpone)

TOMÁS.—Estate quieto...

(Manuel, imperturbable, continúa en su mundo, ajeno por completo a la actitud de Alberto)

MANUEL.—¡Ah! Ya lo eras entonces, en aquellos tiempos, cuando escribías tus primeras obras en aquel café de la glorieta de Bilbao. Tenías una novia cada semana. ¡Acuérdate! Después, no has cambiado mucho que digamos, ¿eh? Hace unos años tuviste una aventura con una chica de revista...

(*Alberto se yergue casi con arrogancia*)

ALBERTO.—Bueno. Pero ¿por qué? Porque era huérfana...

MANUEL.—(*Estupefacto*) ¿Qué dices?

TOMÁS.—¡Qué barbaridad!

ALBERTO.—(*Sincerísimo*) ¡Sí! Digo la verdad. ¡Porque era huérfana! Porque la veía desamparada. Porque me conmovía su soledad. ¡Yo soy un sentimental!

MANUEL.—¡Oh!

TOMÁS.—(*Boquiabierto*) ¡Huy! ¡Qué fresco! Pero qué fresco...

ALBERTO.—¡Cállate tú!!

TOMÁS.—¡Huy!

MANUEL.—¡Ejem! Después se habló mucho de cierta marquesa...

ALBERTO.—(*Indignado*) ¡Mentira! Eso fue una calumnia de las izquierdas...

TOMÁS.—¡Hum!

MANUEL.—Y luego, de una modelo francesa...

ALBERTO.—¡Claro! Porque siempre se habla de las francesas. ¿Es que no lo sabes?

MANUEL.—Ya, ya...

ALBERTO.—¡Paleta! ¡Que eres un paleta!

MANUEL.—(*Impertérrito*) Y después...

ALBERTO.—¡Falso! ¡Falso! ¡Todo falso!

MANUEL.—Bien. Dejemos el pasado. ¿Quién es ella, ahora?

ALBERTO.—¿Cómo? ¿Otra vez?

TOMÁS.—(*Interesadísimo*) Anda, cuenta, cuenta. Entre nosotros...

(*Alberto mira al uno y al otro casi con angustia*)

ALBERTO.—¡Tomas! ¡Manuel! ¡Que estáis equivocados! ¡Que ese estúpido anónimo miente! ¡Que soy inocente! ¡Que os estoy diciendo la verdad!

MANUEL.—Quita, quita, quita...

ALBERTO.—¡Manuel!

MANUEL.—¿Qué?

ALBERTO.—Pero ¿es que no vais a creer en mi palabra?

MANUEL.—(*Un silencio*) ¡No!

ALBERTO.—¡Manuel!

MANUEL.—(*Un suspiro*) ¡Alberto! Es demasiado tarde para andarnos con sutilezas. ¿No te das cuenta de la situación? Tú eres un hombre conocido, muy conocido. Mañana se sabrá por ahí lo que en tu casa ha sucedido esta noche. Porque se sabrá, puedes estar seguro. No existe ni la más remota posibilidad de que todo esto quede en secreto. En Madrid, todo se sabe, todo se propala, todo se comenta. Nadie sabe cómo ni por qué. Pero así es. ¡Oh! Y una anécdota tan picante y tan excitante como esta, muchísimo más. De esta carta que ha recibido tu mujer hace unos minutos se hablará mañana en los bares elegantes del barrio de Salamanca. En las tertulias de los artistas. En los cafés. ¡Digo! ¡Y en los periódicos! ¿Por qué no? ¡Santo Dios! Pero si es posible que la noticia llegue hasta la Bolsa...

ALBERTO.—¡Oh!

MANUEL.—Y claro, entonces, resultará que cuatro mujeres aparecerán envueltas en la misma sospecha. Una de ellas es la mía. ¿Comprendes? Mi mujer. Y claro, eso yo no lo puedo permitir. Por tanto, es absolutamente necesario, amigo mío, que se sepa con certeza quién es tu amante. ¿Qué quieres? Es la única manera de evitar que alguien sospeche que lo es mi mujer...

(*Y en este momento, por la terraza, surge Laura, muy excitada*)

LAURA.—¡Alberto! ¡Querido! Esta situación no puede prolongarse ni un minuto más. Esas mujeres están excitadísimas. Me temo que aquí se va a provocar un escándalo de un momento a otro. ¡Alberto! ¡Habla tú! Di de una vez quién es la pájara...

ALBERTO.—¡Laura!

LAURA.—¡Hala! ¡Desembucha! Y todos contentos.

ALBERTO.—(*Aterrado*) ¡Laura! Pero ¿es que tú también crees lo que dice ese anónimo?

LAURA.—(*Indignadísima*) ¿Cómo? ¡Hijito! Pero ¿es que ahora te vas a hacer el inocente? ¡Ah, no! Eso sí que no...

ALBERTO.—¡Laura! ¡Laura!

LAURA.—¡Vamos! Pero ¡qué desvergüenza!...

ALBERTO.—(*Gritando*) ¡Laura!

LAURA.—¡Ah, los hombres, los hombres...!

ALBERTO.—¡¡Oh!!

(*Irrumpe Teresa por la terraza, y se encara con Alberto, airadísima*)

TERESA.—¡Alberto! ¡Habla! ¡Di quién es esa mujer! ¡Di quién es tu amante! ¡Dilo pronto! ¡Tenemos que saberlo! ¿No comprendes que con tu silencio nos estás ofendiendo a todas? ¡Alberto! ¡Por Dios te lo pido! Soy una mujer decente. Tengo unos hijos, un hogar...

MANUEL.—*(Como un trueno)* ¡Y un marido...!

ALBERTO.—¡Teresa! Pero Teresa...

(Surge Alicia, realmente terrible)

ALICIA.—¡Alberto! Si no dices quién es ella, te arañó. ¡Mira que te arañó!

ALBERTO.—¡Alicia!

(Entra Marina, angustiadísima)

MARINA.—¡Alberto! ¡Hable! ¡Se lo suplico! ¡Por Dios! Esto es terrible. Todos van a sospechar de mí...

ALBERTO.—¡Marina! Pero ¿tú también me crees culpable?

MARINA.—Pero, Dios mío, ¿por qué no lo voy a creer? Si está tan claro, tan claro...

ALBERTO.—¡Oh, Marina, Marina!

MARINA.—¡Diga quién es esa mujer! ¡Dígalo!

(Y por la puerta de la izquierda aparece ahora Adela)

ADELA.—¡Alberto! ¡Por última vez! Dime, ¿quién es ella? ¡Tengo que saberlo!

ALBERTO.—¡Adela!

ADELA.—¿Quién es? ¿Quién es?

(Y de pronto, Laura, Marina, Teresa y Alicia, las cuatro a un tiempo, rodean a Alberto. Y casi hablan a la vez. Él las mira aterrado)

TERESA.—¿Quién es? Por favor...

LAURA.—¡Habla!

MARINA.—Dígalo, dígalos...

ALICIA.—¿Quién es?

LAS CUATRO.—¿Quién es? ¿Quién es?

(Un revuelo. Alberto rodeado, acorralado, mira en torno con desesperación)

ALBERTO.—¡Santo Dios! Pero ¡esto es espantoso! ¿Es que nadie cree en mí? ¿Nadie? ¿Ni mi mujer? ¿Ni mis amigos? ¿Nadie? ¿Nadie?

MANUEL.—¡Y dale! ¡Qué manía! Pero, hombre, ¿por qué vamos a creer en ti?

(Y de pronto, Alberto, con un inmenso coraje, con una insólita furia, a punto de enloquecer)

ALBERTO.—*(Gritando)* ¡Basta!

(Las mujeres que le rodean retroceden irremediablemente)

LAS CUATRO.—¡Ay!

ALBERTO.—¡Basta, he dicho! Esto se acabó. ¡No puedo más! ¡No resisto más! Quiero estar solo, solo, solo... *(Llega hasta el fondo. Desde allí se vuelve y se los queda mirando a todos con un enorme rencor)* ¡Os detesto!

(Y auténticamente desesperado, desaparece por el comedor. Un silencio. Y al fin, un sollozo incontenible de Adela)

ADELA.—¡Oh! Hipócrita, hipócrita...

(Escapa sola por la puerta de la izquierda. Otro silencio)

LAURA.—*(Indignadísima)* Pero ¡qué grandísimo granuja!...

(Y entra muy resuelta en la terraza. Teresa, Alicia y Marina se miran calladas. Y luego, una tras otra, entran en la terraza. Quedan solos Tomás y Manuel)

MANUEL.—Una bonita escena. Por algo es autor de teatro, sí, señor. ¡Ah! Pero a mí no me engaña. ¡Quia! Y te aseguro que no saldré de esta casa hasta que sepa quién es esa mujer...

TOMÁS.—¡Je!

(Manuel entra en la terraza. Tomás, solo, se queda muy pensativo. Luego entra en la terraza. Ya no hay nadie en escena.)

Pasan unos segundos. Y por el comedor aparece Alberto. Lleva una gabardina al brazo, dispuesto para salir a la calle. Avanza. Y en este instante se oye el timbre de la puerta de la escalera. Alberto se detiene. Y espera. Unos segundos después, por la entrada del pasillo aparece la Doncella)

LA DONCELLA.—¡Señor!

ALBERTO.—¿Qué?

LA DONCELLA.—La carta...

(Alberto alza la frente y se queda mirando a la muchacha)

ALBERTO.—¿Qué pasa con la carta?

LA DONCELLA.—La carta que llegó hace un rato. El portero viene a buscarla. Dice que ha habido un error. Por lo visto, esa carta era para la señora del cuarto de al lado...

ALBERTO.—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Que era para la señora del cuarto de al lado?

LA DONCELLA.—Sí, señor...

(Alberto se queda inmóvil. Los ojos le brillan)

ALBERTO.—Pero ¿entonces...?

(Se vuelve vivamente y se queda mirando a la terraza)

LA DONCELLA.—(Con timidez) ¿Puedo devolver la carta, señor?

ALBERTO.—(Rápido, vivo, impetuoso) ¡No! Deja esa carta ahí...

LA DONCELLA.—¡Señor!

ALBERTO.—¡Y vete...!

LA DONCELLA.—¡Ay, sí! ¡Sí, señor!

(La Doncella escapa aprisa por el pasillo. Alberto, solo, piensa en algo. Los ojos le brillan. Sonríe, sonrío con un inmenso regocijo. Y, de pronto, empieza a ir de un lado a otro, llamando a grandes voces, como un loco)

ALBERTO.—¡Adela! ¡Manuel! ¡Teresa! ¡Alicia! ¡Laura! ¡Tomás! ¿Dónde estáis?
¡Adela! ¡Adela! ¡Manuel! *(En silencio, surge Adela por la izquierda. Avanza y se queda ante Alberto, como esperando)* ¡Adela! *(Por la terraza irrumpe Manuel,*

seguido de Laura, Teresa, Marina, Alicia y Tomás. Muy despacio, uno tras otro. Todos se quedan mirando a Alberto. Este sonríe largamente, inefablemente)
 ¡Muchachos! Tengo algo que deciros... *(Todos le miran expectantes)* ¿Qué queréis? He estado pensando muy despacio en lo difícil de mi situación. Ya veo que a vosotros es imposible engañaros. Y yo no tengo fuerzas para seguir fingiendo. La verdad es que todos tenéis razón. Esa carta que ha recibido mi mujer dice la verdad. ¡Tengo una amante!

TODOS.—(«Suspense») ¡Alberto!

ALBERTO.—Esta es la verdad...

(Muy despacio cruza hacia la terraza. Todos le miran con una enorme ansiedad. Manuel da un paso, casi sin voz)

MANUEL.—¡Alberto!

ALBERTO.—*(A punto de salir, se vuelve)* ¿Qué quieres?

MANUEL.—¿Y ella... está aquí?

(Alberto le mira fijamente. Luego mira en torno. Después vuelve a mirar a Manuel. Suavemente)

ALBERTO.—¡Sí! Ella está aquí...

(Se vuelve. Y, muy despacio, entra en la terraza. Todos le siguen con la mirada)

TODOS.—*(Muy bajo. Un rumor)* ¡Alberto!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

El mismo decorado.

(En escena, al levantarse el telón, se encuentran Adela, Teresa, Laura, Alicia, Marina, Manuel y Tomás. Todos aparecen en la misma actitud en que se hallaban al término del acto anterior, vueltos hacia la entrada de la terraza, por donde acaba de salir Alberto. Ahora, después de una pausa casi imperceptible, hay un suave movimiento general. Todos, callados, se miran. Adela se deja caer en el sofá. Marina escapa hacia la embocadura. Y Tomás se encara con todos muy jovial)

TOMÁS.—Bueno, ¿qué?, ¿tomamos una copa?

MANUEL.—*(Estallando)* ¡No!

TOMÁS.—Hombre...

MANUEL.—¡Copas, no! ¡No quiero copas! ¡Nada de copas!

TOMÁS.—Chico, chico. Pues una copa...

MANUEL.—¡No estamos ahora para copas!

TOMÁS.—Bien, bien...

(Con mucha calma, Tomás empieza a prepararse un whisky ante el velador. Un silencio. Y, de pronto, Manuel se sumerge en un sillón y habla como dirigiéndose a un interlocutor invisible)

MANUEL.—¡Ah, granuja! ¡Qué listo es!

TOMÁS.—¡Je!

MANUEL.—Primero dice que es mentira y luego dice que es verdad. Y todo para confundirnos, para hacernos dudar. ¡Ah! Pero conmigo no puede. ¡Quia! Yo no dudo. Yo no soy un escritor brillante. Yo voy a la Bolsa todas las mañanas. Pero conmigo los listos no pueden. ¡Ca! ¡Digo! Sí, sí. Listos, listos a mí...

TOMÁS.—¡Je!

(Y en este momento, Laura, que está mirando en torno, salta hecha un basilisco)

LAURA.—Bueno. Basta ya de misterios. ¡Aquí hay que hablar muy clarito!

(Teresa, Alicia y Marina, muy asustadas, casi chillan)

LAS TRES.—¡Ay!

TERESA.—¡Laura!

ALICIA.—Pero, Laura...

MARINA.—¡Señora!

LAURA.—¡Silencio! *(Y con una estremecedora penetración mira a las otras tres de una en una)* Vamos a ver. ¿Quién de vosotras es la que está liada con Alberto?

(Las tres aludidas chillan)

LAS TRES.—¡Ay!

LAURA.—*(Obstinadísima)* ¿Quién es?

LAS TRES.—¡Laura!

(Laura se encara, inapelable, con Marina)

LAURA.—¿Eres tú, mosquita muerta, pavisosa...?

MARINA.—¿Quién? ¿Yo? Pero ¿qué dice?

LAURA.—Niña, niña...

MARINA.—¿Está usted loca?

LAURA.—Mira que de las chicas de ahora no me fío yo nada. ¡Que con eso de la protesta todo vale!

MARINA.—*(Agobiadísima)* ¡Señora! ¡Que me está usted insultando!

LAURA.—*(Furiosa)* ¡Teresa!

TERESA.—*(Asustada)* ¡Ay! ¿Qué?

LAURA.—¿Eres tú?

TERESA.—*(Horrorizada)* ¡Laura! Pero ¿por quién me tomas?

LAURA.—¡Teresa! ¡A mí no me vengas con remilgos!

TERESA.—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

LAURA.—¡Que conozco a muchas señoras tan decentes como tú que son de cuidado! ¡Que no hay quien las sujete!

(Manuel se alza, excitadísimo)

MANUEL.—¡Laura! ¡Protesto...!

LAURA.—*(Irrebatible)* ¡Tú te callas!

MANUEL.—¡Hum!

(Y se hunde, sin remedio, en su sillón. Teresa acude a él despavorida)

TERESA.—¡Manuel! ¡Por Dios! No la creas, no la creas...

(Laura está mirando ahora, con muchísima atención, a Alicia)

LAURA.—¡Calla! ¿Y por qué no puede ser esta otra, que está casada con un idiota?

TOMÁS.—*(Un respingo)* ¡Cuerno!

ALICIA.—¿Quién? ¿Yo?

LAURA.—¡Hala! ¿Por qué no?

ALICIA.—*(Con muchísimo desparpajo)* ¡Anda! ¿Y por qué no puedes ser tú? ¿Por qué no puedes ser tú la amante de Alberto? Después de todo, eres la más indicada si se tienen en cuenta los antecedentes de cada una...

LAURA.—*(Una furia)* ¡Ah!, ¿sí?

ALICIA.—¡A ver...!

(Laura va hacia Alicia como una flecha, dispuesta a todo)

LAURA.—Oye, tú. ¡Descarada!

ALICIA.—*(Huye, nerviosísima)* ¡Ayyy...!

LAURA.—¡Huy! ¡Maldita sea mi estampa!

ALICIA.—¡Ay, Tomás, Tomás, Tomás!

TOMÁS.—¡Alicia! ¡No alborotes! ¡Que me estoy poniendo nervioso yo también!

ALICIA.—¡Cállate tú!

TOMÁS.—¡Alicia! ¡Alicia!

ALICIA.—¡A mí no me chilles!

TOMÁS.—¡Huy!

ALICIA.—¡Tirano!

TOMÁS.—¡Huy! ¡Huy! ¡Huy!

TODOS.—¡Oh!

(Un revuelo. Cuando se hace el silencio, Laura se vuelve hacia Adela)

LAURA.—¡Adela!

ADELA.—*(Fríamente)* ¿Qué vas a decirme, Laura?

LAURA.—Mira, cariño. Escucha esto: la gente dice por ahí que yo soy una fresca. Y a lo mejor tienen razón. No vamos a discutir ahora esas pequeñeces, ¿verdad? En cuestiones de moral es muy difícil ponerse de acuerdo, porque cada cual tiene la suya, y el que no la tiene se la inventa. Pero el caso es, te lo aseguro, hijita, que yo jamás, jamás he tenido líos con los maridos de mis amigas. Entre otras razones, porque algunas personas muy expertas en estas cosas me han dicho que resulta incomodísimo...

(Adela alza la frente y mira a Laura con una irónica sonrisa)

ADELA.—Pero, Laura, por favor, ¿no creerás que ahora todo puede arreglarse con un poquito de ingenio?

LAURA.—¡Adela! ¿Qué quieres decir?

ADELA.—¡Oh, no! Eso sería demasiado fácil...

(Y en la entrada de la terraza aparece Alberto. Muy sonriente)

ALBERTO.—¿Qué?, ¿cómo va la encuesta? ¿Se sabe ya quién es la culpable?

(Todos se revuelven airados)

TODOS.—¡Alberto!

ALBERTO.—¡Je!

MANUEL.—*(Irritadísimo)* ¿Por qué no hablas tú de una vez? ¿Por qué no nos dices quién es ella?

ALBERTO.—¡Ah, no! Eso tendréis que averiguarlo vosotros. Yo no puedo permitirme denunciar a una pobre mujer que me quiere y que en este momento es víctima de las conveniencias sociales...

MANUEL.—*(Con un estremecimiento)* ¡Hola! ¿Qué conveniencias? ¿Qué conveniencias son esas...?

TERESA.—*(Turbadísima)* ¡Manuel!

TODOS.—¡Oh!

(Alberto mira sencillamente en torno y sonríe complacido)

ALBERTO.—Bien. Reconozcamos, amigos míos, que la situación es un poquito sorprendente. Para mí, que soy un hombre de teatro, que en todo ve teatro, teatro, siempre teatro y nada más que teatro, porque tengo una mentalidad deformada por el oficio, este momento no puede resultar más sugestivo.

¡Figuraos! He aquí a cuatro mujeres, cuatro encantadoras y adorables mujeres, sobre las cuales cae, irremediabilmente, la misma sospecha. Pero, eso sí, las cuatro niegan con todas sus fuerzas. Y lo que es más grave: cada una de ellas desconfía, con toda su alma, de las otras tres...

MANUEL.—Hum...

ALBERTO.—Fantástico, ¿verdad? Sin embargo, según todas las apariencias –y todos vosotros sabéis qué importantes son, a veces, las apariencias–, hay una que miente. ¿Quién puede ser esa embustera? ¿Quién es la que está intentando engañar a todos los demás?

(Alberto se vuelve y mira despacio, muy despacio a Laura, a Teresa, a Alicia y a Marina)

LAURA.—¡Cínico! ¡Cínico!

ALBERTO.—*(Sonriente)* ¡Je! Veamos. ¿Marina?

MARINA.—*(Con alarma)* ¡Alberto!

ALBERTO.—Es mi secretaria. ¡Ah! Una chica deliciosa, que estudia Filosofía, que ha leído a Platón, a Kierkegaard, a Sartre y a Camus,²³ que habla idiomas, que tiene un «seiscientos»²⁴ y que va por ahí, con su falda corta, como si fuera la dueña del mundo. La conocí hace unos meses, una tarde, en aquel Círculo literario de muchachas, tan divertido. Daba yo una conferencia, y al final, cuando llegó la hora del coloquio, todas las chicas se pusieron en pie para decirme impertinencias. ¡Todas! ¡Santo Dios! ¡Y qué cosas me dijeron! ¡Je! Recuerdo que en la última fila había una pelirroja con trenzas que gritaba casi, casi con desesperación: «¡Señor Roldán! Es usted un frívolo y un decadente. ¡Carece usted de sentido social!». ¡Je! ¡Qué chica! Después, en la calle, a la salida, a la misma puerta del Círculo, a punto de subir a mi coche, surgió ella. ¡Marina! Allí estaba: ligera, joven y alegre, como una rosa o como un pájaro. Muy bonita, con el rostro lleno de sofoco y de rubor. «¡Señor Roldán! ¿No sabe usted? Yo también soy escritora.» «¡Ah! ¿Sí?» «Sí, sí. Escribo. Hago versos.» «¿De veras?» «¡Sí!» «¡Vaya!» «¡Señor Roldán! ¿Quiere usted leer mis versos?» «Bueno. ¿Por qué no?» «¡Señor Roldán! ¿Me lleva usted en su coche?» «Bueno. ¿Por qué no?» «¡Señor Roldán! ¿Me invita usted a tomar una copa?» «Bueno. ¿Por qué no?» «¡Señor Roldán! Me gustaría ser su secretaria.» «Bueno. ¿Por qué

23 Søren Kierkegaard: filósofo danés (1813-1855). Jean Paul Sartre: filósofo y escritor francés (1905-1980). Albert Camus: escritor francés (1913-1960).

24 Seiscientos: popular automóvil construido en España entre 1957 y 1973.

no?» ¡Ah! Y desde entonces ella es mi primer público. Cuando le dicto una frase graciosa que ha de decir alguno de mis personajes, ella sonrío suavemente. Cuando le dicto una escena de amor, alegre, apasionada y romántica, como son todas las escenas de amor que yo escribo, ella alza la frente, me mira con sus preciosos ojos llenos de lágrimas y suspira...

MARINA.—(*Avergonzadísima*) ¡Mentira! ¡No es verdad! ¡No es verdad!

(*Marina escapa. Alberto, ahora, se vuelve hacia Laura*)

ALBERTO.—¡Je! ¡Laura!

LAURA.—(*Furiosa*) ¿Qué vas a decir de mí, granuja?

ALBERTO.—(*Imperturbable, sonriente*) Aquí está Laura Fuentes. ¿Quién no conoce a Laura Fuentes? Es una gran actriz, muy famosa. Pero es, además, mi vieja amiga, mi confidente, mi camarada de los años de lucha. ¿Te acuerdas? ¡Y ha vuelto locos a tantos hombres esta Laura Fuentes! En realidad, no sería muy difícil que ahora me hubiera enloquecido a mí también...

LAURA.—(*Furiosísima*) ¡Ladrón!

(*Ahora Alberto se encara con Teresa y sonrío*)

ALBERTO.—Esta es Teresa, la señora de Quintana. Teresa, la maravillosa Teresa, la virtuosa Teresa. Una madre ejemplar. Una esposa fiel, discreta, abnegada y paciente como hay pocas...

MANUEL.—(*Un gruñido*) Alberto, Alberto...

ALBERTO.—(*Indignado*) ¡Hombre! ¡Manuel! ¡A ver si vas a decir que no!

MANUEL.—¡Hum!

TERESA.—(*Muy inquieta*) ¡Alberto! Por Dios...

ALBERTO.—(*Una transición*) ¡Je! Y Alicia. Una adorable insensata.

ALICIA.—¡Alberto!

ALBERTO.—El más delicado ejemplo de frivolidad que todos hemos conocido. ¿Dónde nos encontramos por primera vez tú y yo, Alicia? ¿En Biarritz? ¿En la Costa Brava? ¿En Marbella? ¿En una «boîte»? ¿En un «tablao» o en una verbena? No lo sé. Lo he olvidado. Pero, de todos modos, estoy seguro de que fue en un sitio muy divertido. ¡Ah! Y recuerdo muy bien que fui yo, yo mismo, quien un día cualquiera le dijo a Tomás: «¡Tomás! ¡Muchacho! ¡Viejo solterón! ¡Grandísimo egoísta! ¿Por qué no te casas con Alicia? Es una muchacha encantadora...».

TOMÁS.—¡Je!

ALBERTO.—¿Fue así?

TOMÁS.—¡Claro! Así fue.

(Alicia, que ha estado escuchando a Alberto con los ojos muy abiertos, se vuelve ahora hacia Adela, casi asustada)

ALICIA.—¡Adela!

ADELA.—*(Sin volverse)* ¿Qué?

ALICIA.—Tú no creerás que yo... ¿Verdad que no lo crees?

TOMÁS.—*(Seco, rápido)* Tú te callas.

ALICIA.—*(Sorprendida)* ¡Ay! ¿Por qué?

TOMÁS.—Porque tú no tienes que dar explicaciones a nadie... Tú no eres la amante de Alberto. Y basta.

(Alicia se vuelve hacia Tomás, radiante, casi transfigurada)

ALICIA.—¡Amor mío!

TOMÁS.—¡Je!

ALICIA.—Pero ¿tan seguro, tan seguro estás de mí?

TOMÁS.—¡Naturalmente!

ALICIA.—¡Ay! ¿Por qué?

TOMÁS.—*(Irrebatible)* ¡Toma! Porque estás enamorada de mí como una loca...

ALICIA.—*(Contentísima, emocionada)* ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Pero eso que dices es maravilloso...

TOMÁS.—¡Je!

ALICIA.—¡Oh, mi vida! Cómo te quiero...

(Y con una inmensa alegría se lanza sobre Tomás y se esconde tras²⁵ sus brazos)

TOMÁS.—¡Je!

(Un silencio. todos miran a Alicia y a Tomás. Y, de pronto, Teresa va hacia Manuel, presurosa, vivamente, casi con angustia)

TERESA.—Vámonos, Manuel. ¡Sácame de aquí! ¡Llévame a casa! No puedo permanecer aquí ni un minuto más. ¡Te lo pido con toda mi alma!

25 1967: entre

MANUEL.—(*Después de un silencio*) No.

TERESA.—Pero, Manuel...

MANUEL.—¡Calla! ¿Quieres?

TERESA.—(*Asustada*) Pero, Manuel, ¿qué es lo que intentas? ¿Qué te propones?

MANUEL.—Es muy sencillo. Me propongo que se aclare debidamente este embrollo que a todos nos afecta. A todos, ¿eh? Aunque algún insensato optimista no lo crea...

TOMÁS.—(*Soliviantado*) ¡Hola! ¿Eso lo has dicho por mí?

MANUEL.—(*Sarcástico*) ¡Je! ¡Quién sabe!

ALICIA.—(*Furiosísima*) ¡Tomás! ¡Dale una bofetada!

TODOS.—¡Oh!

LAURA.—¡Qué barbaridad!

TOMÁS.—¡Hum! Si no mirara...

MANUEL.—Ea, ea. ¡Un poco de calma!

(Teresa, enormemente confundida, se vuelve hacia Adela)

TERESA.—¡Adela! (*Adela la mira y no responde*) ¡Adela! Tú sabes quién soy. Nos conocemos desde niñas. Nunca hemos tenido secretos la una para la otra. ¡Adela! ¡Por Dios! ¿Tú has podido llegar a pensar que yo...? ¿Tan ciega estás? (*Están mirándose Adela y Teresa, frente a frente. Adela, inmóvil, inexpresiva. Teresa, apasionada, casi con un temblor*) Pero, Adela, no te quedes ahí, callada. ¡Habla! ¡Di algo! ¿Es que no vas a decir nada?

(Teresa calla y espera. Un silencio levísimo)

ADELA.—(*Con una enorme frialdad*) ¿Y qué quieres que diga? ¿Que siempre estuviste enamorada de Alberto?

TODOS.—(*Atónitos*) ¿Cómo?

ADELA.—¡Di! ¿Es eso?

TERESA.—(*Pálida, sofocando un grito*) ¡Adela!

MANUEL.—(*Un brinco*) ¡Hola! ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

(Alberto reacciona alegrísimo, como ante un descubrimiento feliz)

ALBERTO.—¡Teresa! Pero ¿eso es cierto? ¿Te gusto?

(Y va hacia ella muy decidido y muy solícito)

TERESA.—¡Cállate!

ALBERTO.—¡Criatura! Pero ¿por qué no me lo has dicho antes?

MANUEL.—(*Como un trueno*) ¡Alberto! ¡Que estoy aquí yo!

(*Alberto se vuelve hacia Manuel, muy molesto*)

ALBERTO.—¡Manuel! Si sigues metiéndote en todo lo que no te importa...

MANUEL.—(*Furioso*) ¿Cómo? ¿Que no me importa? ¿Dice que no me importa? ¿A mí?

TOMÁS.—(*Indignado*) ¡Muchacho! Pero ¡qué escandaloso eres!...

ALICIA.—(*Muy enojada*) ¡Maleducado!

MANUEL.—(*Aterrado*) ¿Quién? ¡Yo?

TOMÁS.—¡Ea! ¿Te quieres callar de una vez?

MANUEL.—¡No me da la gana!

LAURA.—¡Jesús!

TODOS.—¡Oh!

(*Un pequeño barullo. Teresa avanza hacia Adela y casi grita*)

TERESA.—¡Adela!

ADELA.—(*Airada*) ¿Qué quieres?

(*Todos enmudecen y miran a las dos mujeres*)

TERESA.—(*Con un inmenso sofoco*) ¿Por qué has dicho eso? ¿Por qué?

ADELA.—Porque es la verdad... Tú lo sabes.

TERESA.—(*Un sollozo*) ¡Ah, Adela, Adela!

(*Adela le vuelve la espalda y se dirige a los demás. Con otro tono*)

ADELA.—Es una vieja historia. Una pequeña y romántica historia de muchachas. Ocurrió hace mucho tiempo. Ella y yo éramos amigas desde niñas. Pasábamos los inviernos juntas, en el colegio de las Damas Negras,²⁶ y los veranos en la playa, porque nuestras familias veraneaban en Santander. Luego, juntas también, siempre juntas, fuimos a la Universidad. Nos queríamos de veras. No teníamos secretos la una para la otra. Eso es cierto. Nos lo confiábamos

²⁶ Colegio de las Damas Negras: colegio de monjas con fama de elegante, en la calle de Eduardo Dato.

todo: nuestras ilusiones, nuestras esperanzas, nuestros sueños. Todo. Hasta lo más pueril e inocente que cruza por la imaginación de dos chicas soñadoras. Éramos tan fantásticas. Y eran aquellos días tan felices, Dios mío, tan felices... *(Se calla un segundo)* Una tarde conocimos a Alberto en el cóctel de una Embajada. Fue una fiesta muy divertida y muy brillante. ¿Te acuerdas tú? Él acababa de tener un gran éxito. La gente le rodeaba, le mimaba, le halagaba. Desde entonces, él fue nuestra sombra. Nos seguía a todas partes. Nos llevaba a las dos en su coche de aquí para allá: a los cines de la Gran Vía,²⁷ a los teatros, a esos bares silenciosos, elegantes y oscuros que tanto le gustan. Teresa y yo lo pasábamos muy bien, nos reíamos muchos y éramos muy dichosas. Pero, de pronto, un día caímos en la cuenta de que las dos nos habíamos enamorado de Alberto. Y como siempre, nos lo confesamos la una a la otra. Fue inevitable. Éramos dos pobres muchachas tan románticas y tan soñadoras...

(Alberto, que ha escuchado entre sorprendido y asombrado, se vuelve hacia Teresa)

ALBERTO.—¡Teresa! ¿Todo eso es verdad?

TERESA.—*(Casi con el gesto)* Sí.

ADELA.—*(Con ímpetu, con un irremediable aire de triunfo)* Pero ¡Alberto me eligió a mí! ¡A mí!

ALBERTO.—¡Adela!

ADELA.—Cuando se lo conté a Teresa, ella me dio un beso y se echó a llorar... *(Un silencio. Y, de pronto, ella se revuelve furiosa ante Teresa)* ¡Pero estoy segura de que todavía le quiere!

TERESA.—*(Con desesperación)* ¡No!

ADELA.—¡Sí! ¡Le quiere! Lo he creído siempre, siempre...

TERESA.—¡No es verdad! ¡Mientes!

(Una pausa. Todos miran a Teresa. Y Manuel, que ha escuchado inmóvil, hundido en su sillón, exclama como ante un descubrimiento)

MANUEL.—¡Hola!

²⁷ Gran Vía: calle principal de Madrid, y que en otro tiempo estaba llena de cines.

(Todos se vuelven hacia él. Alberto se indigna)

ALBERTO.—¡Hombre! ¿En una ocasión como esta no se te ocurre nada más brillante?

MANUEL.—*(En su mundo, sin oírle)* Hola, hola, hola...

ALBERTO.—¡Y dale!

MANUEL.—Esto explica muchas cosas. Por ejemplo, tu devoción, tu incondicional devoción por Alberto. ¿No te acuerdas? Alberto ha dicho, Alberto dice, Alberto dirá. ¡Qué divertido es Alberto! Es tan simpático Alberto. Y así siempre, a lo largo de años y años, ese nombre martilleándome los oídos: Alberto, Alberto, Alberto...

(Entra en la terraza. Desaparece. Teresa avanza, desolada, dirigiéndose a él)

TERESA.—¡Manuel! ¡Mi vida! ¡Por lo que más quieras! Escúchame y créeme. Todo lo que ha contado Adela no es más que una historia absurda y tonta de muchachas. Está loca de celos. No sabe lo que dice. *(Entra también en la terraza. Desaparece. Pero se oye su voz, que todos los personajes que se hallan en escena escuchan inmóviles. Teresa, dentro)* La verdad es que solo después, cuando llegaste tú a mi vida, supe lo que realmente era querer a un hombre. Pero ¿es que no lo sabes tú? Desde entonces solo he vivido para ti, para ti nada más. Y te quiero. ¡Te quiero con toda mi alma! ¡No podría querer a otro que no fueras tú! Te quiero como eres, con tu egoísmo, con tus celos estúpidos, con tus manías. Te quiero, Manuel. ¡Por Dios! Mira que te quiero, que te quiero...

(Un silencio durante el cual solo se oyen los sollozos de Teresa en la terraza, que se van sofocando poco a poco. Al fin, Laura, sonriente, un poco ensimismada, avanza)

LAURA.—¡Dios mío! ¿Por qué habéis evocado el pasado? Eso le hace a una envejecer de pronto. Ahora recuerdo que yo también estuve enamorada de Alberto...

ALBERTO.—¡Laura!

LAURA.—*(Sonríe)* ¿Nunca se lo dijiste a tu mujer? ¡Vaya! Eso está bien. En el fondo, eres un caballero, no se puede negar. Pero la verdad es que a estas alturas no sería delicado guardar el secreto. Cada una de nosotras tiene que cantar su romanza... *(Mira en torno y vuelve a sonreír)* Sí. Estuve enamorada de Alberto. Fue un amor bonito, tierno, alegre y fugaz, terriblemente fugaz. En

realidad, duró una noche. Una noche nada más. ¡Qué poco!, ¿verdad? Aquella noche, en el teatro donde yo trabajaba, habíamos estrenado la primera comedia de Alberto Roldán. Era un chico tímido, atolondrado y disparatado aquel Alberto Roldán. El estreno fue un gran éxito, eso es verdad. Una hermosa comedia que ya casi he olvidado. Yo hacía un papel de muchacha ingenua, una adolescente, que, por cierto, son los papeles que mejor me van todavía, aunque mis amigos digan que no. Al acabar la representación, el escenario se había llenado de gente. ¡Oh! Una muchedumbre. Todo el mundo quería felicitar al autor. Pero, ¡ay!, el autor había desaparecido... (*Sonríe. Y mirando a Alberto, casi involuntariamente se conmueve un poco*) ¡Pobre autor! ¡Pobrecito! Lo encontré yo, escondido en un rincón de mi camarín.²⁸ Estaba llorando como una criatura. No había podido resistir los aplausos y la alegría de aquel éxito tan deseado. Y ¡qué cosa tan curiosa!, en aquel momento, cuando ya tenía todo lo que tanto, tantísimo había ambicionado, cuando ya era un autor famoso, se sentía más pobre y más desamparado que nunca, más infeliz, más pobre chico. ¡Oh! A veces es así. A veces, el éxito asusta. Da miedo. (*Un cortísimo silencio. Otra sonrisa*) Nos escapamos juntos. Salimos del teatro, cogidos del brazo, huyendo como dos perseguidos. Estuvimos horas y horas andando, sin rumbo, a lo largo de muchas calles silenciosas y oscuras. Hacía frío. Pero él no lo sentía. Él hablaba y hablaba. ¡Cuánto hablaba aquel pobre muchacho, Dios mío! Y de pronto, no sé por qué –bueno, la verdad es que nunca se sabe por qué–, comprendí que aquel pobre chico tan loco, tan dichoso y tan desvalido, en aquel momento, en medio de la calle, solo me tenía a mí. Y una enorme ternura, una ternura que casi, casi me hacía llorar y me ahogaba, se me fue metiendo en el corazón muy dentro, muy dentro. Y cuando rendidos de andar y andar llegamos ante el portal de mi casa, le dije: «¿Quieres subir?». (*Otro silencio. Una lágrima*) ¡Qué escándalo! ¿Verdad, Adela? Pero te equivocas. Todo fue por aquella ternura que, como una congoja, me inundaba el pecho y me hacía llorar. Al día siguiente, él me envió al teatro un hermoso ramo de flores. La tarjeta decía: «Gracias». Nada más. Ya veis. Muchas, muchísimas flores y una sola palabra. Quizá yo hubiera preferido una sola flor y un torrente de palabras maravillosas. Pero, seguramente, era eso, una palabra y muchas flores, lo único que se merecía un amor tan pequeño, tan pasajero y tan fugaz. Mucho tiempo después, un día vino a buscarme loco de alegría. «¿No sabes, Laura? Me caso. Me he enamorado

28 1967: *camerino*

de una muchacha encantadora. Se llama Adela. No es de nuestro mundo. ¡Oh, no! Es la hija única de una familia muy, muy burguesa. ¡Je! Pero estoy loco por ella. Laura. La quiero tanto, tanto»... *(Se calla. Se vuelve hacia Adela y sonríe)* Vamos, Adela. Un poco de valor. ¿Por qué no dices, de una vez, todas las cosas horribles que estás pensando de esta pobre mujer?

(Se calla. Un gran silencio. Muy despacio, sin ruido, en el umbral de la entrada de la terraza surgen Manuel y Teresa. Y de pronto, Alicia se levanta y va hacia Alberto con los ojos muy abiertos)

ALICIA.—¡Alberto!

ALBERTO.—¿Qué?

ALICIA.—*(Casi ruborizada, bruscamente)* No, nada. *(Y se vuelve hacia su marido muy aprisa, muy sofocada)* ¡Tomás!

TOMÁS.—¿Qué quieres?

ALICIA.—Tengo algo que decirte...

TOMÁS.—¿Tú?

ALICIA.—¡Sí!

TOMÁS.—¿Ahora?

ALICIA.—¡Sí!

TOMÁS.—*(La mira y sonríe)* ¡No!

ALICIA.—Pero ¿por qué?

TOMÁS.—*(Sencillamente)* Porque no me importa...

ALICIA.—¡Tomás!

TOMÁS.—¡Bah! ¡Bah! ¿Qué vas a decirme? ¿Que tú también estuviste un poco enamorada de Alberto? Bueno. ¿Y qué? Tonterías. Hace unos años todas las chicas se enamoraban de Alberto...

(Alicia le está mirando fascinada, con los ojos llenos de lágrimas)

ALICIA.—¡Tomás! ¡Amor mío! ¡No hay otro como tú...!

(Corre y se abraza a él)

TOMÁS.—*(Conmovido)* Mujer...

ALICIA.—¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero con toda mi alma!

TOMÁS.—*(Casi ruborizado)* ¡Pero, Alicia, chica, que no estamos solos...!

ALICIA.—¡Oh! ¡Qué me importa! ¡A mí qué me importa...!

TOMÁS.—¡Hum! *(Todos miran a la pareja. Tomás vuelve el rostro un poquito sonrojado)* Bueno. Tenéis que disculparla. Alicia es muy impulsiva. Y cuidado que yo la riño, ¿eh? Pero nada. No se consigue nada.

(Un suave silencio. Alberto avanza unos pasos hacia Tomás y Alicia)

ALBERTO.—¡Tomás!

TOMÁS.—¿Qué, Alberto?

ALBERTO.—Pero ¿tan seguro estás?

TOMÁS.—¡Sí!

ALBERTO.—¿Tanta fe tienes en ella?

TOMÁS.—Sí.

ALBERTO.—¿Por qué?

TOMÁS.—No lo sé.

ALBERTO.—¿Y si alguien te dijera?

TOMÁS.—*(Muy decidido)* Sería mentira...

ALBERTO.—Pero...

TOMÁS.—¡Mentira!

ALBERTO.—*(Boquiabierto)* ¡Tomás!

TOMÁS.—Mentira, mentira, mentira...

ALBERTO.—*(Admirado)* ¡Santo Dios! Es maravilloso. ¿Cómo puedes creer tanto y tanto? ¿Cómo puedes tener tanta fe?

TOMÁS.—*(Un silencio)* Porque la necesito... Porque tengo que vivir.

ALBERTO.—*(Pensativo, vuelto hacia Adela)* Es verdad. Hace falta una fe para vivir.

ALICIA.—¡Alberto! Soy muy feliz. Soy la mujer más feliz del mundo. Aquella chica que tú conociste en un «tablao», en una «boîte» o en la verbena, en la Costa Brava o en Marbella, quién sabe dónde, aquella pequeña loca nunca pudo imaginar que debajo del cielo, sobre la tierra, existiera tanta y tanta felicidad. Tomás es algo único, ¿comprendes? ¡Y lo pasamos tan bien los dos juntos, siempre juntos, a todas horas! ¡Nos divertimos tanto! ¡Ah! ¿No sabes? Mañana estrenamos un coche nuevo. ¡Y qué coche, Alberto! Grande, enorme, fantástico. Tipo «Rolls». ¡Figúrate! ¡Ay! Ya verás, ya verás cuando Tomás y yo aparezcamos con ese coche en el Festival de Cannes. Todo el mundo dirá: «¡Ahí va un director español!». Porque no siempre se va a hablar de Antonioni, ¿verdad?

ALBERTO.—¡Naturalmente!

(Sonríe. Y, en silencio, se aleja. Alicia se refugia en Tomás)

ALICIA.—¡Amor mío!

TOMÁS.—¡Je!

(Una levísima pausa. Adela alza el rostro y mira lentamente en torno. Y sonrío)

ADELA.—¡Vaya! De verdad que resulta conmovedor este emocionante desfile de tantos y tantos recuerdos de amor. No se puede negar. Para mí es sencillamente sorprendente tener que aceptar, a estas alturas, que todas habéis estado alguna vez enamoradas de mi marido. Pero nadie puede hacer ya nada para evitarlo, ¿verdad? Después de todo, si lo pienso un poco, casi, casi acabaré sintiéndome muy orgullosa... *(Y de pronto, en una transición, se vuelve con violencia hacia Alberto)* Pero un viejo amor siempre puede volver, ¿no es así? Un viejo amor, a veces, de pronto, reclama sus derechos. Y entonces, ¿quién es capaz de contener tanta pasión y tanta nostalgia? ¡Vamos! ¡Confíesalo! ¿Cuál de estas tres mujeres que te quisieron te ha vuelto a querer ahora?

(Alicia, Teresa y Laura se sobresaltan)

LAS TRES.—¡Adela!

ADELA.—*(Impetuosamente)* ¡Teresa! ¿Por qué no puedes ser tú, tan honorable, tan discreta, tan virtuosa? ¿Por qué no puedes ser tú la más hipócrita de todas?

TERESA.—¡Adela!

ADELA.—¿Por qué no puedes ser tú, Alicia?

ALICIA.—*(Un grito)* ¡Ayyy! ¡Otra vez!

ADELA.—Tu marido puede creer en ti todo lo que quiera. Nadie se lo impide. Pero la verdad es que tú eres una inconsciente, una insensata. Una muñeca. Un juguete. Eso es lo que eres tú. Nada más. No sabes distinguir entre el bien y el mal. A ti lo único que te importa es divertirte. Muchas veces me he preguntado a mí misma si en realidad tienes un mínimo de sentido moral...

ALICIA.—*(Excitadísima)* ¡Tomás! ¡Que me está llamando golfa!

TOMÁS.—¡Cállate!

ALICIA.—¡Que la arañe!

TOMÁS.—¡Que te calles!

(Adela se vuelve hacia Laura, con un inmenso coraje)

ADELA.—Y tú eres una...

LAURA.—*(Amenazadora)* ¡Cuidado, Adela!

ADELA.—¡Oh!

(Y de pronto, Marina, impetuosa, con los ojos brillantes, avanza y se planta en el centro)

MARINA.—¡Es verdad! ¡Adela tiene razón! ¡Tiene que ser una de ellas!

(Todos se vuelven, sorprendidos)

TODOS.—¡Marina!

MARINA.—*(Violenta, apasionada, como un torrente, incontenible)* Sí, sí, sí. Es una de estas mujeres. Lo sé. Me lo dice el corazón. Una de las tres. Una que miente. Una que le niega. ¡Una mala mujer! Una que ni siquiera sabe quererle. ¡Que no tiene el orgullo de quererle!

ADELA.—*(Estupefacta)* ¡Marina! Pero ¿qué dices? ¿Por qué hablas así tú?

MARINA.—¿Yo?

ADELA.—¡Mírame! ¿Es que estás celosa?

(Marina mira un instante a Adela, anonadada, como descubierta. Y luego, con un ímpetu renovado)

MARINA.—¡Sí! Estoy celosa...

ADELA.—*(Desolada)* ¡Marina!

MARINA.—Tengo celos. ¿Y sabe usted por qué? ¡Porque todas le han querido! ¡Porque a todas las ha querido él un poco! Y soy yo, yo, la única que le quiere como no le ha querido ninguna. ¡Ninguna! Ni usted misma. Ni siquiera usted...

ADELA.—¡Marina!

MARINA.—No me mire así. Le quiero, le quiero, le quiero. Pero yo no tengo pasado. Yo soy joven. Yo solo tengo presente. Yo le quiero ahora. ¡Ahora! Y le quiero con toda mi alma. Pero ¿es que no lo había usted adivinado? Pero ¿por qué es usted tan torpe, Dios mío, tan torpe? ¿Por qué?

ADELA.—*(Atónita)* ¡Marina!

(Alberto, asustado, avanza hacia la muchacha y la toma de los hombros)

ALBERTO.—Pero Marina, ¿qué es esto? ¿Te has vuelto loca?

MARINA.—¡Déjeme! ¡Suélteme!

ALBERTO.—Marina, Marina...

MARINA.—¡Cállese usted! Usted no sabe, usted no se entera, usted no comprende nada, nada...

ALBERTO.—(*Zarandeándola*) ¡Cállate! Te prohíbo que sigas hablando. ¿Me oyes? Te lo prohíbo...

(La muchacha, bruscamente, se queda como anonadada. Mira a Alberto. Y luego, volviéndose, mira a todos con los ojos muy abiertos, casi sin voz)

MARINA.—Es verdad. ¿Qué he hecho yo? ¡Dios mío! ¿Qué he hecho yo? ¿Qué me ha pasado a mí? (*Y roja de rubor y de vergüenza, escapa, se refugia en un sillón y solloza incontinentemente*) ¡Oh!

(Todos la miran en silencio. Y, de pronto, se oye el timbre de la puerta de la escalera. Se oyen unas voces. Y surge la Doncella)

LA DONCELLA.—¡Señor! Es el portero, otra vez.

ADELA.—¿El portero?

LA DONCELLA.—Sí, señora.

ADELA.—¿Qué quiere?

(Y por la entrada del pasillo, irrumpe El Portero. Es un sujeto sesentón, un poco sofocado. De uniforme)

EL PORTERO.—Quita, chica,quita. No seas pasmada. Buenas noches, don Alberto y la compañía. ¿Cómo están ustedes? Disculpen si molesto. Pero es que el asunto urge y no puede esperar más. ¡Maldita sea! ¡Qué embrollo! Pero ¡qué embrollo! ¡A ver! ¿Dónde está la carta?

ADELA.—¿La carta?

EL PORTERO.—Sí, señora. Esa carta que ha recibido la señora hace un momento. Venga. ¡Démela!

ADELA.—¿Cómo?

EL PORTERO.—Es que ha habido un error, señora. Esa carta no es para la señora...

ADELA.—(*Suspensa*) ¿Que no es para mí?

EL PORTERO.—No, señora. Es para la señora del cuarto de al lado...

TODOS.—¿Cómo?

(Un profundo silencio. Todos miran al Portero)

ADELA.—(*Abrumada*) ¿Qué? ¿Qué dice?

LAURA.—¡Jesús!

(Manuel, Laura, Tomás, Alicia y Teresa se vuelven vivamente y miran a Alberto. Es una mirada larga, penetrante, casi angustiada. Alberto baja la cabeza, sonrío y, bajo la mirada de los demás, se vuelve y marcha muy despacio hacia la terraza. Entra. Desaparece. Entre tanto, El Portero, plantado ante Adela, que le mira atónita, aterrada, prosigue)

EL PORTERO.—Calle usted, señora, que toda la culpa es mía. Bueno. Tampoco eso es verdad. La culpa la tiene el otro, el tío del coche. ¡Maldita sea su estampa! Figúrese usted, señora, que estaba yo en el portal, tan tranquilo, cuando, de pronto, se para un coche grande, fantástico, se apea un señor y me dice: «¡Oiga! ¡Portero! ¿Puede usted hacerme un favor?». «Sí, señor. ¡A mandar!» «Deje usted esta carta en el rellano delante de la puerta del quinto B. Pero que no le vea nadie, ¿sabe? Se trata de una broma. Una broma muy divertida.» A mí, la verdad, no me extrañó nada. Porque estos señores del cuarto de al lado y sus amigos siempre están así, gastándose bromas los unos a los otros. Son muy «salaos». Y, naturalmente, ¿qué va a hacer uno? Tomo el ascensor, llego al quinto y aquí viene la confusión que todavía no me explico. ¿Por qué dejé yo la carta en la puerta A en lugar de en la puerta B? ¿Eh? ¿Me lo quieren ustedes decir a mí? ¡Maldita sea! ¡Qué cabeza tengo! (*Abrumadísimo*) ¡Huy! ¡Qué embrollo! ¡Pero qué embrollo! Y al poco, vuelve el sujeto ese del coche y me dice: «¡Portero! ¿Qué ha pasado?». «¿Cómo que qué ha pasado?» «¿Dejó usted mi carta a la puerta del quinto B?» «No, señor», le contesto, «la dejé a la puerta del quinto A.» ¡Ay! Y no quieran ustedes saber cómo se ha puesto el tío. Abajo está hecho una furia. Dice que hay que recuperar esa carta, pase lo que pase. (*De pronto, con verdadera desesperación*) ¡Maldita sea! Pero si ya sabía yo que esos señores del cuarto de al lado nos traerían un día un disgusto gordo. Pero si no puede ser, señor, si no puede ser. Si es mucho jaleo y mucha juerga. Figúrense ustedes que casi todas las noches se reúnen en esa casa cuatro o cinco matrimonios. Bueno. Tanto como matrimonios... Es un decir. Parejas más bien. Porque algunos de estas parejas están casados. Pero otros, no. ¿Y qué quieren ustedes que les diga? A mí me parecen más decentes los solteros que los casados. ¡Ay! ¿Dónde se van a comparar con ustedes? Ustedes son artistas. Todos los que vienen a esta casa son artistas. ¡Ah! Los artistas... (*Y con mucha curiosidad, muy afable, se queda mirando interesadísimo a Manuel*) ¡Oiga! ¿Usted también es artista?

MANUEL.—(*Furioso*) ¡Señor mío! ¡Déjeme usted en paz!

EL PORTERO.—¡Anda! ¡Se ha enfadado! Pues sí. Está visto que esta noche no doy una... (*Y, de pronto, se vuelve hacia Adela*) ¡Señora!

ADELA.—¿Qué?

EL PORTERO.—¿Me da usted la carta?

ADELA.—(*Como si despertara de un sueño*) ¿La carta? ¿Y para qué quiere usted ahora la carta?

EL PORTERO.—Para entregarla en el piso de al lado... (*Adela le mira. Luego toma la carta y la rompe en pedacitos muy pequeños, que derrama despacio sobre la mesita. El Portero se asusta*) ¡Señora! ¿Qué ha hecho usted?

(*Adela se yergue vivamente, irritada*)

ADELA.—¡Váyase! ¿Quiere?

EL PORTERO.—¡Señora!

ADELA.—¡¡Váyase!!

EL PORTERO.—(*Amilanado*) Está bien. Ustedes disculpen. Pero a ver qué le digo yo ahora al señor del coche... (*Marcha hacia la entrada del pasillo. Pero antes, ante Manuel, se detiene un segundo*) ¡Oiga! ¿De verdad no es usted artista? Pues yo juraría...

MANUEL.—(*Furioso*) ¡Que se vaya!

EL PORTERO.—(*Asustado*) ¡Huy! ¡Perdone! ¡Ay, madre mía! ¡Qué noche!

(*Sale por la entrada del pasillo. La Doncella le sigue en silencio. En escena, todos los personajes están vueltos hacia la terraza, mirando. Y muy despacio, sin ruido, por allí aparece Alberto sonriendo. Un cortísimo silencio*)

ALBERTO.—¡Je!

(*Todos se revuelven airados. Adela da un paso hacia él*)

ADELA.—¡Alberto!

ALBERTO.—¿Qué quieres, Adela?

ADELA.—¿Por qué has mentado?

MANUEL.—(*Indignado*) ¿Por qué nos has hecho creer lo que no era verdad?

TERESA.—(*Con rencor*) ¿Por qué dijiste que tenías una amante?

LAURA.—¿Por qué has jugado con nosotros?

TOMÁS.—¿Por qué, Alberto?

ALICIA.—¿Por qué?

(Alberto los mira en silencio conteniendo su coraje, con un fulgor de ira en los ojos)

ALBERTO.—¡Hola! ¿Y todavía me lo preguntáis? ¿Conque por qué os he engañado? ¿Conque por qué he jugado con vosotros? ¿Eh?

MANUEL.—¡Sí! ¿Por qué? ¿Por qué?

ALBERTO.—*(Airado)* ¡Porque os lo merecáis!

TODOS.—¡Alberto!

ALBERTO.—¡Sí! ¡Todos! ¡Todos os lo merecáis!

ADELA.—¡Oh, Alberto, Alberto!

ALBERTO.—Porque ninguno, ninguno creísteis en mí. ¡Nadie! Ni tú, ni tú, ni tú, ni siquiera vosotros, que tanto creéis en vosotros mismos. Ni mi mujer. ¡Nadie! ¡Nadie! ¡Ninguno! Ninguno me creísteis cuando negaba y decía la verdad. Por eso comprendí que vosotros, todos, todos vosotros merecáis una mentira, que necesitabais una mentira. Una mentira tan grande, por lo menos, como vuestra falta de fe.

ADELA.—¡Dios mío!

ALBERTO.—Me vi de pronto, entre todos, aislado, acorralado, solo, espantosamente solo, incapaz de hacer valer mi verdad. Nunca me he sentido tan solo. Tanto, tanto, que en un segundo comprendí que la verdadera soledad es esa: sentir que uno no es entendido, ni comprendido, ni creído. La falta de fe de los demás. La pérdida del amor. ¡Dios Santo! ¡Y qué espantosa es esa soledad! Parece que se va uno a morir de frío...

TERESA.—¡Alberto!

ALBERTO.—Bien seguros podéis estar de que en aquellos momentos os odiaba a todos con toda mi alma. Por eso, solo por eso, quise vengarme y jugar un poco con todos vosotros... *(Se vuelve y se queda contemplando a Marina, inmóvil en su sillón)* Pero hemos jugado demasiado. Y alguien ha perdido. *(Marina alza la frente y le mira con los ojos muy abiertos. Él sonrío, conmovido)* ¡Je! ¡Marina! ¡Pequeña! ¡Mi bonita secretaria! Todo ha sido un mal sueño, ¿verdad?

MARINA.—¡No!

ALBERTO.—Escucha, Marina. No ha pasado nada...

MARINA.—¡Cállese! ¿Qué sabe usted lo que ha pasado?

(Tiene los ojos llenos de lágrimas. Retrocede. Mira en torno enormemente avergonzada, con un inmenso rubor. Y luego,

aprisa, cruza la escena y escapa por la entrada del pasillo. Un silencio)

ADELA.—*(Un impulso)* ¡Marina! Espera...

ALBERTO.—¡Oh!

(Y se deja caer en un sillón. Está muy cansado. Hay otro silencio. Y habla Manuel)

MANUEL.—Bien. Me parece que sería absurdo que ahora empezáramos a hacernos reproches los unos a los otros. Todos somos culpables, en cierto modo. Y quizá yo, yo más que ninguno. No niego que nos has dado a todos una gran lección. Y seguramente la merecíamos. ¿Por qué no? Pero ahora, en este momento, las palabras, todas las palabras resultarían inútiles... *(Se vuelve hacia su mujer. Sonríe con un poco de melancolía)* Vamos, Teresa. Es tarde. Es decir, si quieres volver a casa conmigo...

(Teresa le mira. Luego marcha)

TERESA.—Vamos.

(Adela llama sin poderse contener)

ADELA.—¡Teresa!

(Teresa, a punto de salir, se vuelve, fría, indiferente)

TERESA.—¿Qué quieres?

ADELA.—*(Desconcertada)* ¡Teresa! Yo...

TERESA.—Deja... No importa.

(Teresa sale. Manuel la sigue)

MANUEL.—Buenas noches.

(Ya han salido Teresa y Manuel. Alicia y Tomás se miran y sonríen)

TOMÁS.—¡Je! ¡Alicia! ¡Chica!

ALICIA.—¿Qué?

TOMÁS.—*(Alegremente)* ¡Que ya no tengo sueño!

ALICIA.—¡No me digas!

TOMÁS.—¡Calla! Y estoy pensando...

ALICIA.—¿Qué es lo que estás pensando, amor mío?

TOMÁS.—Oye. ¿No te parece que esta es la mejor hora para tomar una copa por ahí?

ALICIA.—¡Ay! ¡Qué gran idea!

TOMÁS.—Entonces, ¿andando?

ALICIA.—¡Andando!

(Corren los dos hacia la entrada del pasillo. Desde allí se vuelven alegres y sonrientes hacia los que quedan en escena)

TOMÁS.—¡Buenas noches!

ALICIA.—¡Buenas noches!

(Y salen. Adela, después de un silencio, se vuelve hacia Laura, casi suplicante)

ADELA.—¡Laura!

(Laura la mira, conmovida y sonríe)

LAURA.—Calla, mujer. ¿Qué vas a decirme a mí? No merece la pena. *(Muy despacio, marcha hacia la entrada del pasillo. Desde allí)* Adiós, Alberto.

ALBERTO.—Adiós, Laura.

(Sale Laura. Quedan solos Adela y Alberto)

ADELA.—*(Como asustada)* ¡Alberto!

ALBERTO.—¿Qué?

ADELA.—¿Qué ha pasado? ¿Es que por un momento nos hemos vuelto locos todos?

ALBERTO.—¡Je!

ADELA.—*(Angustiada)* ¡Dios mío! ¡Y pensar que toda la culpa ha sido mía! Mía, nada más. Todo por mis celos. Por esos malditos celos ridículos, estúpidos y absurdos que no puedo dominar. Porque no supe creer en ti...

ALBERTO.—Calla, Adela, calla.

(Adela va hasta él y se refugia en sus brazos, desolada)

ADELA.—Pero ¿por qué no creo en ti? ¿Por qué no puedo creer en ti? Si te quiero tanto, tanto...

ALBERTO.—¡Calla!

ADELA.—¡Oh! *(Adela se desprende de los brazos de Alberto. Este marcha hacia el velador de los licores. Un silencio. Ella, un poco lejos ahora, se vuelve)*
¡Alberto!

ALBERTO.—*(Mientras se sirve un whisky)* ¿Qué?

ADELA.—*(Casi sin atreverse)* ¿Tú sabías que esa chica, Marina..., te quería? *(Un gran silencio)*.

ALBERTO.—Sí.

ADELA.—*(Con ansiedad)* ¿Y qué?

ALBERTO.—No sé.

ADELA.—¡Oh!

ALBERTO.—¿Qué puedo decirte, Adela? Soy un hombre, ¿no? Me halagaba. Me divertía ese amor tan joven y tan romántico. Me conmovía esa devoción ingenua de muchacha. Me hacía sentirme un poco más joven. ¿Comprendes?

ADELA.—Sí. *(Otro silencio. Ella, suavemente)* Entonces, ¿estabas jugando con ella?

ALBERTO.—Un poco. Ahora lo comprendo.

ADELA.—Entonces, en cualquier momento hubiera podido suceder, ¿verdad? *(Un profundo silencio. Alberto, sin contestar, juega con los trocitos de hielo que danzan en el fondo del vaso)* Es curioso. En realidad, es como si la llegada de ese anónimo se hubiera anticipado...

ALBERTO.—¿Qué quieres decir?

ADELA.—*(Sonriendo)* Nada...

(Alberto, desconcertado, está mirando a su mujer fijamente. Un silencio. Luego baja la cabeza y, despacio, muy despacio, entra en la terraza. Queda Adela sola. Y en la entrada del pasillo aparece Laura)

LAURA.—¡Adela!

ADELA.—*(Vivamente)* ¡Laura!

LAURA.—¡Adela! ¡Por favor! No tengo más amigos que vosotros. Y no os puedo perder. No os quiero perder, ¿sabes? Si ahora me voy a casa y me encierro sola, como todas las noches, creo que voy a hacer un disparate...

(Adela corre hacia Laura y se abraza a ella, muy conmovida)

ADELA.—¡Laura! ¡Querida Laura!

LAURA.—¡Adela!

(Y en la entrada del pasillo surgen Alicia y Tomás, muy risueños)

TOMÁS.—¡Hola!

ALICIA.—¿Se puede?

ADELA.—*(Alegrísima)* ¡Alicia! ¡Tomás! Pero ¿qué es esto?

TOMÁS.—¡Chica! Pues, ¿qué quieres? Aquí estamos otra vez. Hemos pensado que, después de todo, para tomar una copa el mejor sitio es este...

ADELA.—¡Tomás! ¿De verdad? ¿De verdad queréis tomar una copa con nosotros?

ALICIA.—*(Riendo)* Pero claro que sí...

TOMÁS.—¡Je!

ADELA.—¡Oh, Alicia, Alicia!

ALICIA.—¡Adela!

ADELA.—¡Oh!

(Se abrazan Adela y Alicia. Y en la entrada del pasillo aparecen Teresa y Manuel. Todos se vuelven hacia ellos. Manuel está un poco azarado)

MANUEL.—¡Je! ¡Adela! ¡Muchachos!

TOMÁS.—Hombre...

MANUEL.—¡Je! Yo creo que no puede romperse una amistad tan vieja y tan entrañable por un equívoco, por un juego, por un condenado accidente que a todos nos ha trastornado el juicio. ¿No es eso? ¿No crees, Adela? ¿Y tú, Tomás? ¿Y tú, Laura? La verdad es que no ha pasado nada. Y estoy seguro de que, si ahora nos separamos, después no sabríamos cómo volvernos a encontrar. Y sería muy triste. Porque nos necesitamos. ¿Verdad que nos necesitamos los unos a los otros? Aunque la vida sea tan difícil, aunque nadie crea en nadie...

ADELA.—*(Impetuosamente)* ¡Teresa! ¿Puedes perdonarme? ¿Podrás perdonarme algún día?

TERESA.—*(Riendo)* Pero ¿qué estás diciendo? ¡Si todas hemos cometido el mismo pecado! Ninguna se fiaba de las demás...

ADELA.—¡Oh!

(Ríen todos. Y entre las risas se alza la voz de Manuel)

MANUEL.—¡Alto! Todavía quiero decir algo. Quiero que sepáis todos que yo, en el fondo de mi alma, en lo más profundo de mi alma, en lo más profundo de mí mismo, nunca, nunca, dudo de mi mujer. Sé que es la mejor y la más santa de las mujeres. Pero, a veces, no sé por qué...

(Tomás le interrumpe, casi indignado)

TOMÁS.—Bueno. ¡Basta! ¡Leñe! Pero ¿aquí se bebe o no se bebe? Si no se bebe me marchó...

TODOS.—*(Ríen)* ¡Oh!

ADELA.—*(Riendo, encantada)* ¡Sí! Se bebe, se bebe. ¡Huy! ¡Que si se bebe! ¡Chicos! Ahora nos vamos a emborrachar todos...

TODOS.—¡Bravo!

(Todos rodean el velador de los licores. Se sirven. Ríen)

TERESA.—¡No! ¡Borrachos, no!

(Alicia surge con ímpetu)

ALICIA.—¡A mí, doble con hielo!

TODOS.—*(Riendo)* ¡Oh!

TOMÁS.—¡Huy! ¡Qué loca!

ALICIA.—*(Chillando)* ¡Tomás...!

TOMÁS.—¿Verdad que mi mujer es una loca?

TODOS.—*(Riendo)* ¡Oh! *(Y en este momento surge Alberto bajo el dintel de la entrada de la terraza. Todos le miran en silencio)* ¡Alberto!

ALBERTO.—*(Sorprendido)* Muchachos...

(Un silencio. Y, de pronto, surge Manuel muy vivaz)

MANUEL.—Oye. ¿Y esa comedia? ¿Por qué no nos lees ahora tu famosa comedia?

(Todos se alegran mucho)

TOMÁS.—¡Calla! Pues es verdad...

TERESA.—¡Ay, sí, sí!

ALICIA.—¡Sí! ¡Que la lea!

TODOS.—¡Hala! ¡Hala! ¡Hala!

(Alberto se transfigura. Una sonrisa le invade el rostro. Avanza. Se ve rodeado por todos, y en su mundo, otra vez, está radiante y encantado)

ALBERTO.—¿De veras? ¿De veras queréis que os lea mi comedia?

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

ALBERTO.—¿Ahora?

TODOS.—¡Sí! ¡Sí!

ALBERTO.—*(Modestamente)* ¡Oh, no, no! No me atrevo. Sería un abuso...

TODOS.—¿Cómo?

MANUEL.—¿Qué dice?

TOMÁS.—¡Hombre! Esto sí que es bueno...

ALICIA.—¡Hipócrita!

TERESA.—¡Farsante!

ADELA.—*(Riendo)* ¡Oh!

TODOS.—*(Un abucheo)* ¡Fuera! ¡Fuera!

ALBERTO.—*(Contento)* Bueno, bueno. Está bien. Si os empeñáis...

(Y, muy diligente, se sienta en el sofá. Tiene ante sí las cuartillas del original, sobre la mesita. Todos bulliciosamente, riendo, se acomodan como en aquel momento del acto anterior)

TODOS.—*(Riendo)* ¡Hala! ¡Hala!

(Y ahora Manuel, reconciliado con todo lo que le rodea, mira en torno muy feliz)

MANUEL.—Esto es estupendo, ¿verdad? Ya estamos todos juntos, otra vez.

LAURA.—*(Una sonrisa)* No. Todos, no.

TERESA.—*(Un silencio)* Es verdad. Falta Marina.

LAURA.—*(Muy bajo)* ¡Pobre Marina!

TERESA.—¡Pobre pequeña!

(Todos, casi inconscientemente, miran hacia la entrada del pasillo, como esperando la llegada de Marina. Un silencio)

ALICIA.—(*Muy bajo*) ¿Volverá?

ADELA.—(*Despacio*) No, Marina no volverá. Ahora ella ya sabe que se ha salvado...

(*Todos miran a Adela*)

MANUEL.—¿Cómo? ¿Que se ha salvado?

TOMÁS.—No entiendo...

(*Alberto alza la frente y busca la mirada de Adela. Los dos se miran largamente*)

ALBERTO.—¡Adela!

ADELA.—¿Qué?

ALBERTO.—Entonces, ¿tú crees? ¿Tú crees que todo ha sucedido para que esa muchacha se salvara? (*Un silencio. Para sí mismo*) Es fantástico. Sería como un pequeño milagro...

ADELA.—(*Sonríe. Con dulzura*) Lee, amor mío. ¡Por favor! Estamos esperando...

ALBERTO.—(*Como si despertara*) Sí. Ya voy. (*Toma entre sus manos un manojo de cuartillas*) «Acto primero. La escena representa un bonito salón puesto con mucho gusto. De pronto, alguien golpea, suavemente, con los nudillos en la puerta del fondo. La puerta se abre y surge un raro y misterioso personaje. Lleva una gabardina y el sombrero caído sobre la frente...» (*Se calla. Y ahora dice como para sí mismo*) Puede ser un vagabundo. Pero también puede ser un ángel...

TELÓN)



COLECCIÓN DE TEATRO
VÍCTOR RUIZ IRIARTE